This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

GRAD
F
2281
.P9
J33
1908
BUHRT

1-2

RELACION DE VIAJE

EN LOS

RIOS PUTUMAYO, CARAPARANÁ Y CAQUETÁ

Y ENTRE LAS TRIBUS GÜITOTAS

POR EL

R. P. Fray Jacinto María de Quito
Misionero Capuchino

BOGOTA
IMP. DE "LA LUZ," CARRERA 7.ª, NÚM. 599
1908

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
1817
LIBRARIES

RELACION DE VIAJE

EN LOS

RÍOS PUTUMAYO, CARAPARANÁ Y CAQUETÁ

Y ENTRE LAS TRIBUS GÜLTOTAS

POR EL

R. P. Fray Jacinto María de Quito
Misionero Capuchino

BOGOTA.
IMP. DE "LA LUZ," CARRERA 7.ª, NÚM. 590
1908

F
2281
.P9
J33
1908

Blue

y Pipes
-21-92
50049x

PROLOGO

Al Reverendísimo Padre

FRAY FIDEL DE MONTCLAR

Prefecto Apostólico del Caquetá.

Amadísimo padre:

Desde que se nos anunció que el Romano Pontífice Pío X había elegido á V. R. para Prefecto Apostólico del Caquetá, todos los Misioneros nos pusimos de plácemes, y esperábamoslo con anhelo para exponerle las múltiples necesidades de nuestra pobre misión, y los medios conocidos ya por nosotros para su adelanto no sólo en lo material, sino principalmente en lo que mira á la salvación de estos infelices indios.

Yo fui uno de los que tomaron parte en ese alegrón. Empero, cuando con mis cartas lo felicitaba antes de su llegada á Pasto, entonces el M. R. P. Agustín escribióme desde Túquerres diciéndome que el General Pablo J. Monroy se había dirigido á él con una nota oficial pidiéndole un Misionero para que acompañara á la Expedición en el dilatado viaje que emprendía por el Putumayo con el objeto de vigilar y defender los terrenos colombianos, y que yo hiciera lo posible para contentar á dicho señor. De ninguna manera podía denegarme á esto; tanto más cuanto que el mismo General volvió á insistir en lo mismo al tiempo de colocar dicha carta en mis manos. Mas viendo que el viaje, sobre ser muy largo, era peligrosísimo, no me pareció bien mandar á uno solo; y así determiné irme en compañía del R. P. San-

tiago. Empero, antes de empezar nuestra marcha, ya había resuelto obsequiar á V. R. con una sencilla relación de todo lo que acaeciera en el viaje; y ahora, con la ayuda de Dios, cumplo mis deseos.

Con el fin, pues, de que su lectura no produzca cansancio la dividiré en dos partes, y éstas en capítulos. En la primera anotaré los hechos más sobresalientes desde nuestra salida de Mocoa, como también lo que nos sucedió en los 25 días de navegación desde el primer puerto del Putumayo (San Vicente) hasta el punto denominado *Nueva Granada*, sito en la ribera izquierda del mismo río, á unas seis leguas más abajo de la confluencia del Caraparaná.

En la segunda parte me ocuparé de las diversas tribus Güitotas que visitámos; de sus costumbres y usos, y no pasaré por alto los muchísimos percances que tuvimos en nuestro regreso hacia Mocoa por el río Caquetá.

Mocoa, 5 de Agosto de 1907.

FRAY JACINTO MARÍA DE QUITO,
Capuchino.

PARTE PRIMERA

CAPITULO I

Salida de Mocoa y furiosa tempestad en el pueblo de Guineo.

Como los expedicionarios debían tomar la vía más recta que hay de Mocoa al Putumayo, era muy natural que yendo nosotros con ellos se nos quedara sin visitar el pequeño pueblo de San Vicente, y esta fue la causa de salir nosotros unos días antes para no privar á los indios de dicho pueblo de los auxilios de la religión cristiana.

Era, pues, el día 9 de Agosto de 1905, y después de celebrar la santa misa, encomendarnos mucho á la Divina Pastora, patrona de nuestras Misiones, con un báculo en la mano, con un Cristo y el breviario, indispensables armas de todo misionero católico, salímos de Mocoa, no sin primero despedirnos de sus buenos habitadores, quienes dieron una prueba más del amor que nos tenían, acompañándonos hasta los afueras de la población, á pesar del mal temporal de aquel día.

Pocas horas habíamos andado y ya el cielo nos visitó con un aguacero diluvial, el que continuó hasta bien tarde, y por este motivo no nos fue posible llegar el mismo día á Guineo, cosa que es factible, pero en tiempo bueno. Antes que llegara la noche nos desviámos del camino para ir en busca de una choza, la que, según datos de un indio que nos acompañaba, estaba no muy lejos de nosotros. Pero aun en esto fuimos desafortunados; porque después de mucho andar para encontrar tal habitación, sólo dimos con los escombros, pues sus moradores ya la habían abandonado. ¿Qué hacer en tal conflicto? La noche ya nos impedía desandar para tomar nuevamente el camino dejado; los que traían la

casi al derredor de la plaza, lo que no sucede en otros pueblos, y esto es de mucha ventaja para el Misionero, porque le evita andar buscando á los indios y haciéndolos traer de dos ó tres horas de distancia.

Son los de San Vicente muy respetuosos con el Misionero, y lejos de rehusar la asistencia á la doctrina y demás actos religiosos, ellos mismos suplican y se interesan para que se les enseñe. En prueba de lo que digo, allá va la historia de los dos fundadores de este pueblo.

En la primera visita que hice á algunos pueblos del Putumayo, estuve una temporada con estos indios, y llegaron á quererme muchísimo, sobre todo unos dos viejitos á quienes los demás reconocen como caciques; llámase el uno Clemente y el otro Vicente, y con estos pasó lo que voy á referir:

Por las tardes, después de enseñarles la doctrina y darles consejos adecuados á su capacidad, me los llevaba á la casa; allí hacíales algunos regalitos, como también les preparaba su papelillo, que para ellos es una de las mejores golosinas. A todo esto se seguía, naturalmente, una multitud de preguntas, todas encaminadas á satisfacer mi curiosidad; y ellos con el mejor gusto me complacían en todo: era, pues, yo feliz con mis dos viejos. En cierta ocasión díjeles: Ustedes cuando muriendo ¿cómo será? ¿mirando será á Taita Dios ó no mirando? (Este es el castellano y manera de hablar con ellos). Comprendí que esta pregunta les impresionó hasta el extremo de manifestar tristeza. Luégo con palabras conmovedoras me dijeron: "¡Por Dios! Taita Padre, ayúdame á salvar este mi pobre alma, yo mucho miedo tiene ese infierno." A esta súplica ¿quién hubiera rehusado cumplir la obra de misericordia que manda enseñar al que no sabe? Yo les dije cómo precisameute había ido para salvar sus almas; que sólo les exigía la asistencia mañana y tarde á la doctrina, y luégo me ofrecía á dejarles el corazón tranquilo, y con la esperanza de ver á Dios después de muertos.

Fue, pues, mi tarea prepararlos para la primera confesión y comunión. Y no piense, Padre mío, que esta labor me haya sido dificultosa y de muchos días; nó: porque Dios, de una manera prodigiosa, alumbrábales el entendimiento, y con prontitud llegaban á entender lo necesario para recibir dichos sacramentos.

Después de enseñar, en la capilla, á todos los indios, los misterios de nuestra Religión, retirábame con mis dos discípulos bajo el alero de una choza, y allí, sentado sobre un trozo

de madera, practicaba, en cuanto me era posible, la caridad y paciencia del buen Pastor.

Este acto, que para mí era conmovedor, vista la gravedad y atención de mis discípulos, sólo duró cuatro días; porque al cabo de este corto tiempo ya sabían lo suficiente para poderse confesar y recibir á Dios Nuestro Señor en la sagrada comunión.

Llegó el momento de acercarse al tribunal de la penitencia, y le puedo asegurar, Padre mío, que esos infelices, antes de empezar su confesión yá eran muy amigos de Dios: ¡tál era el arrepentimiento y las abundosas lágrimas que yo veía correr por esas mejillas tan feas y *caratosas!*

Durante la confesión mi alma tuvo goces que no son para estampar en este escrito; y asimismo me abismaba al palpar la Bondad y amor de Dios con esas almas. Luégo, por primera vez, hizo el Señor su entrada triunfal en aquellos corazones, y complacido pudo haber dicho: "*Deliciæ meæ esse cum filiis hominum.*" (Prov., c. 8). Tengo mis delicias en estar con estos pobres indios.

Después que acabé la misa híceles agradecer el beneficio recibido; y con frecuencia hacía grandes pausas, porque el mucho sollozar les impedía seguir conmigo. Pero aún hay más: los esperé en la puerta de la capilla, y preguntándoles si estaban contentos, la respuesta fue: soltar el llanto, abrazarme y decir con entrecortadas palabras: "Dios pagaracho, Taita Padre." (Dios te pague, Taita Padre).

¡Qué bien y á la letra se cumplió en esta bonita escena aquello de la Escritura: *Suscitat de pulvere egenum, et de stercore elevat pauperem; ut sedeat cum principibus, et solium gloriæ teneat.*" (Lib. 1.°, Reg. c. 2, v. 8). Que desde el polvo y desde el mismo cieno, levanta el Señor al pobre y necesitado, y lo coloca en un trono de gloria junto con los príncipes.

Hé aquí, Padre, la recompensa que el Señor sabe dar al pobre Misionero en estos desiertos y soledades.

El gozo santo que uno experimenta después de haber hecho el bien á sus semejantes, y del cual sólo Dios Nuestro Señor es testigo, vale más que todos los placeres de este mundo.

Cierto y muy cierto es, que nuestro ministerio, máxime en este Territorio, exige grandes sacrificios y no pocos martirios. Todo aquí le es á uno adverso: los climas, la infinidad de plagas, los dialectos y diversidad de costumbres de los indios; la bravura de unos, la ingratitud de otros y el odio de no pocos; la escasez de víveres por una parte, la falta de

caminos por otra, y muchas otras cosas, hacen que sea dura la vida del Misionero. Pero aún hay más: porque el desamparo y soledad de estos lugares nos hacen comprender mejor cuán grande fue aquel sacrificio que voluntariamente hicimos al entrar en la Religión, de dejar á nuestros padres, hermanos y amigos, pues vienen á la mente, con viveza, el recuerdo de todas las caricias y amores de los suyos. Pero ¡Dios! por quien hicimos dejación de todo eso, cuida de suplir de una manera admirable todas estas cosas; y en la humilde choza del salvaje, bajo la sombra de una palmera, junto á las corrientes de los ríos y en las abrasadoras playas de estos desiertos, derrama con profusión y á torrentes, en nuestros corazones, los celestiales goces.

Perdone, Padre mío, estos arranques de mi pecho; pues en los tres años que yá llevo de Misionero en estos lugares, alguna cosa habré gozado y sufrido.

CAPITULO III

Pueblo de San Diego—Honradez de estos indios—Crueldad con las mujeres enfermas—Lugar de cita—Llegada del General Monroy, del señor Intendente y demás expedicionarios—Preparativos para una larga navegación.

Después de esos gratos é inolvidables recuerdos que, en verdad, han formado época en los días de mi vida, nos despedimos de los buenos San Vicentes, el 31 de Agosto; y tanto hombres como mujeres fueron á dejarnos hasta el primer puerto del Putumayo, que, como ya le dije, sólo dista una media legua del pueblo; tomando asimismo de éste el nombre que lleva, esto es: puerto de San Vicente.

Como los indios ya estaban enterados de lo larga que iba á ser nuestra navegación, y nadie mejor que ellos conocen los peligros que hay en esos viajes; apenábanse viéndonos al P. Santiago y á mí que nos acomodábamos en unas frágiles canoas, y nos decían con mucha pena: "¡pobre Taita Padre! ¡que te volvamos á ver! ¡no te vayas á morir en ese río!" Luégo se arrodillaron pidiéndonos los bendijéramos, y lo hicimos con la ternura de un padre cuando se despide de sus hijos. A esto soltaron las canoas, que las tenían amarradas con unos bejucos, y poniéndonos á merced de las aguas, en un instante los perdimos de vista. Navegaríamos unas ocho horas sin ninguna novedad, á pesar de ser muy peligroso el río en esa parte; y dejando las aguas del Guineo por la orilla izquierda y las del río San Juan por la derecha, llegá-

mos al primer pueblo de indios llamado San Diego, sito en la ribera izquierda del Putumayo.

Pocos minutos antes de nuestro arribo sus moradores ya nos pudieron ver, y como tienen vista de lince no les costó mucho conocerme.

Confieso que sentí mucho placer al ver el alboroto y raro movimiento que produjo en los indios nuestra llegada. Echaron á vuelo las dos pequeñas campanas que tienen en su capilla, desde tiempos inmemoriales: la gente menuda, á manera de abejas inquietas, se asomaba á la orilla del río y luégo desaparecía para dejarse ver pocos instantes después: las indias dieganas (que no por ser indias dejan de ser hijas de Eva) tomaban del brazo á sus pequeñuelos y poniéndolos debajo del sobaco, según la usanza de ellas, dejaban las casas y corrían á tomar parte muy activa en la novedad. Finalmente la cosa se puso seria cuando el Cacique ó Capitán (así llaman á quien gobierna al pueblo), con una vara en la mano, insignia de su autoridad, empezó á descender la bajada que media entre la plaza y el río, y le seguían los magnates del pueblo como también la muchedumbre toda.

Todo fue desembarcar y aturdirme con una multitud de preguntas; tales como éstas: "¿Bueno tiene, Taita Padre?" (¿Padre, estás bueno?), "¿bonito paseame?" (¿ha traído buen viaje?), "¿mucho guapo tiene eyo río?" (¿le ha parecido muy peligroso el río?), "¿bonito sentarme eyo canoa?" etc., etc. Asimismo recuerdo que me trajeron á la memoria la tardanza en cumplir lo que les había ofrecido de volverlos á visitar después de dos meses (oferta que les había hecho en mi viaje anterior), y decían cómo luégo que pasaron las dos lunas (dos meses), al divisar canoas en el río, les parecía ser la mía.

Después de todo esto, con mucho interés me preguntaban sobre el nombre de mi compañero; complacíles, añadiendo además que bautizaba, casaba y decía misa como yo. Pronto entablaron conversación con el P. Santiago; se familiarizaron con él, y al cabo de pocos días lo querían más que al narrante de estos sucesos.

Ahora ocupémonos algún tanto de nuestros dieganos. Debo advertirle que tanto lo bueno como lo que no lo sea es propio no sólo de los dieganos, sino también de los indígenas de San José, Yoasotoaró y Montepa.

Todos estos indios digo que difieren muchísimo de los del valle de Sibundoy, así en sus costumbres, inclinaciones, modos de vivir, como también en su dialecto. Este ya no es ni el Inca ni el Coche, sino el *Coca-cañú*, según ellos

me dijeron, ó el *Siona*, como creen algunos comerciantes: sea de esto lo que fuere, lo cierto es que es más fácil de aprender el *Coca-cañú* que el *Coche*. Tienen asimismo otra propiedad en favor de la ventaja dicha, y es la de ser agudas todas sus palabras.

En el Putumayo sólo son cuatro los pueblos que hablan el *Siona*, siendo aproximadamente unos 250 sus habitantes; y como todos emplean el castellano para comunicarse con los blancos y los demás indios que no poseen tal dialecto, verbigracia: los güitotos, los incas y otros, se puede suponer que, con el tiempo y el comercio que se irá desarrollando, tendrán que perderlo poco á poco, y quedarse con el castellano. Pero ojalá no sea como el castellano que actualmente tienen, pues es horrible y causa hilaridad á todo el que lo oye por primera vez. Así, por ejemplo, para preguntarme si ya era tiempo de suspender la navegación y hacer la siesta, me decían: "Taita Padre, ¿aquí será tuyo soñando?" Toman, pues, el verbo soñar por dormir. Para decir que han estado bien de salud usan esta fórmula: "Mío puebro (pueblo) bonito yo sentame." Y al despedirse, deseándole á uno bienestar, dicen: "Tuyo bonito sentame."

Dejemos estas imperfecciones en su modo de hablar, y ahora, admiremos su honradez y delicadeza en la guarda del sexto mandamiento.

De lo primero he tenido ocasión de observar que dejando á vista de ellos y sin vigilancia algunas cosas halagüeñas, como espejos, sal, anzuelos, etc., etc., no se las roban; lo que hacen es pedir ó exigir se les cambie por alguna otra cosa de las que ellos tienen. Esto mismo cuentan los comerciantes, y jamás se han quejado de que los tales indios les robaran. Confirmaré esta verdad con el siguiente hecho narrado por el P. Lorenzo: Nuestro P. Basilio en un viaje practicado por el Putumayo olvidóse en una casa algunos anzuelos y espejos; al cabo de dos ó tres años bajó el P. Lorenzo por el mismo río, y el indio que tenía aquellos objetos acercóse al Padre y le preguntó si era hermano del P. Basilio: al contestarle éste afirmativamente, fue á la casa, trajo los objetos y se los entregó, añadiendo que aquello se le había olvidado al P. Basilio, y lo había guardado hasta tener la oportunidad de entregarlo á su dueño ó á alguno de sus hermanos.

Ahora en lo que mira á la guarda del sexto mandamiento, es cosa de admirar. Basta decirle cómo en las dos veces que los he visitado y teniendo á mi vista los libros de las partidas bautismales, nunca pude encontrar entre ellos un hijo natural, ni menos adulterino. Aquí también alego el

testimonio de los comerciantes, quienes para que los indios no los aborrezcan y poder continuar en sus negocios, procuran no darles que sentir en esta materia; siendo, por el contrario, malquistos aquellos que ponen los ojos en sus mujeres. ¡Ejemplos son éstos, Padre, que reprenden mucho á las cultas naciones de nuestros tiempos!; y son de mucho consuelo para el Misionero.

Empero, si nuestros dieganos se hacen acreedores al amor y simpatías de todos cuantos hemos admirado esas bellas prendas, no sé, por el contrario, cómo merecen que se les trate por el salvaje desprecio que hacen de las pobres indias en el tiempo de su natural enfermedad. Juzgan estos ignorantes que aquello es una cosa contagiosa, y para evitarla cuidan de edificar lejos de las demás chozas, una, en su total, diferente de las otras. Esa casucha tiene el nombre de *Gallinero*, y las mujeres en el tiempo de la enfermedad dicen que están *cluecas*. ¿Y cuál es el fin de ese tugurio? Servir de cárcel á las infelices hasta que termina el mal supuesto peligro. Y no crea que los demás cumplen con la obra de misericordia que ordena visitar á los encarcelados; al contrario, no les dirigen una sola palabra, y huyen de todo trato con ellas. Sus más allegados, desde una prudente distancia, les botan por un hoyo la comida y bebida, teniendo, hasta para esto, trastos y vasijas señaladas. Usando, pues, de estas precauciones, dicen que no se contagian.

Cuando estuve bien informado de la casa y su destino, se lo referí al General Monroy, y luégo nos dirigímos á admirar el referido *Gallinero*. Dicho señor al verlo sumamente reducido, oscuro, sin puertas ni ventanas, y sólo con un agujero en la parte superior de una pared, se sorprendió y no pudo menos que compadecerse de los Misioneros, al ver el trabajo que tenían para extinguir tan bárbaras costumbres.

Yo traté de hacer destruír aquella choza; mas las indias advertidas de lo que iba á suceder con su cárcel, enfadáronse en gran manera, no tanto conmigo cuanto con los muchachos indígenas, á quienes yo les había comisionado la destrucción. Confieso, Padre, que al verlas enfurecidas y hablar en tono amenazante, me dio asaz miedo y preferí retirarme desistiendo de mi intento. Después de este trance parece que castigaron severamente á dos de los muchachos por haber descubierto el destino de la casa; pues desde ese momento no los vi más, siendo así que antes nos visitaban tres ó más veces al día. Dejando otras pequeñeces sobre la misma materia, paso á decir algo de nuestros compañeros de viaje.

Según lo acordado con el señor Intendente y el General Monroy, San Diego era el punto de cita, y allí debíamos esperar para, de una manera formal, arreglar el viaje y continuar hasta el Caraparaná. A los pocos días de estar nosotros en San Diego tuvimos el gusto de recibir á todos los expedicionarios. Dijéronme cómo en el primer día de navegación les sucedió un percance, que consistió en la voltèada de una canoa; y las consecuencias de esa desgracia fueron: perder una cartuchera, un rifle, y el peligro de ahogarse un soldado, pues cayó al fondo del agua, y le costó trabajo librarse de la muerte. Los demás llegaron bien, y estaban dispuestos á sufrir todas las penalidades anejas á la comisión que llevaban.

Lo indecible se trabajó aquí para disponer la marcha; y á pesar de que los indios y aun las indias tomaron parte muy activa, ya refeccionando las malas canoas, ya en la construcción de una nueva; no obstante quedámos muy estrechos, y daba compasión, al mismo tiempo que risa, ver cómo los soldados iban en las canoas como higos en una cesta, con más el estorbo de ollas, platos, yucas, rifles, cartucheras, etc., etc., pero con todo, muy contentos.

El 31 de Agosto después de haber bendecido una nueva embarcación, á la que se le dio por nombre *Monroy*, salímos para San José, adonde llegámos con felicidad después de haber navegado unas nueve horas.

CAPITULO IV

Indios de San José—*La Sofía.*

El pueblo de San José está edificado en la ribera derecha del Putumayo. Su temperatura ordinaria es de 25° R., y su población total no pasará de unos sesenta habitantes.

Como hacía poco tiempo que yo había estado con ellos, en esta segunda visita fue corto el número de Sacramentos que administrámos.

Entre estos indios se conservan verídicos recuerdos del actual Presidente de la República, como también de los ilustres Misioneros Jesuítas José S. Laínez, P. J. Piquer, y del Hermano La Plata. Me enseñaron una vara con empuñadura de plata, la que sólo maneja el Capitán ó Cacique; dicha vara, como los mismos indios dijeron, fue regalada por el Sr. Nemesio Reyes, sobrino del Sr. Reyes. Asimismo en una pequeña cajita de madera guardan una imagen de la San-

tísima Virgen, la que, por hallarse tan deteriorada, no pude saber de qué advocación fuera; pero sí es un recuerdo que el P. Laínez hizo á sus queridos San Josés.

Ahora voy á contarle una desgracia que ocurrió en este lugar el día 1.° de Septiembre.

Ese día fue de duelo para todos nosotros, con especialidad para el General Monroy. La causa que lo motivó fue la de haber perdido á uno de nuestros compañeros de viaje, á saber: el soldadito José María Jiménez, quien se nos ahogó en el río en ocasión de haberse ido á bañar. Fue propiamente una desgracia y no falta de cuidado en el Jefe, que bastante lo tenía. Los que fueron testigos del hecho se persuadieron de que hubo una grande equivocación en el joven Jiménez respecto á las condiciones del río; pues sabían muy bien que no era diestro en la natación, y con todo se botó al río, como quien es maestro; pero fue para no salir más de aquel elemento.

Tan luego como se nos anunció el triste suceso, el P. Santiago y unos buenos bogas corrieron al lugar donde se había zabullido, por ver si se le podía dar algún auxilio, ya fuera material ó ya espiritual; mas todo fue inútil, porque no encontraron señal alguna del ahogado. Nos contentámos entonces con encomendarlo al Señor y consolar á los demás soldados, quienes después de tal pérdida quedaron, no sin motivo, con mucha pena.

Vamos ahora á decir algo de lo ocurrido en el punto denominado *La Sofía*, situado en la orilla derecha del Putumayo, y á unas cuatro cuadras más ó menos hacia el O. del actual pueblo de San José.

En un manifiesto dado por el Sr. Becerra con motivo de su elección á la Intendencia del Caquetá, nos anunció varios progresos para este territorio, y entre ellos, el establecimiento de la primera Colonia en *La Sofía*.

Para dar principio á ese halagüeño plan, nos fuimos á dicho lugar el día de la Natividad de la Santísima Virgen, con el fin de hacer una roza, como quien dice, para colocar la piedra fundamental de lo que vendría después. Lo cierto es que la tropa, los indios de San José, el General Monroy, el Intendente y el que narra estas cosas, trabajámos hasta sudar, pero cumplimos nuestros deseos.

Mientras nos ocupábamos en el trabajo, toda la conversación era sobre la antigua historia de aquella parte del Caquetá. Quién contaba los viajes del Sr. Reyes por el Putumayo y su vivienda en *La Sofía;* quién recordaba cómo ese lugar tenía tal nombre en memoria de la esposa del ac-

tual Presidente, la que se llamó Sofía Angulo: unos me enseñaban los lugares en donde arribaban los vapores y lanchas; y otros, finalmente, en donde estaban las casas y sementeras. Y triste cosa: nada de todo ese antiguo progreso y movimiento veían mis ojos. Sólo un añoso limonero que embalsamaba aquel ambiente y cuyas hojas y degenerados frutos se confundían con los de la selva, era testigo de que, en verdad, allí algo hubo.

Con estas impresiones de espíritu, de seguro que el trabajo no cansaba, y pronto se terminó la roza. Luégo arreglámos una cruz provisional, y después de haberla bendecido, la colocámos en lugar visible, para que el curioso viajero pudiera dar testimonio de ella. Pero todos nosotros, antes de abandonar *La Sofía*, orámos al pie de ese bendito árbol, pidiendo al Señor que á su sombra viéramos realizarse los progresos que nos anunciaban.

Después de todo esto bajámos nuevamente á San José, y se dispuso la marcha para el día siguiente, según acordámos con el P. Santiago, quien, en compañía de algunos soldados, había salido unos dos días antes, con el fin de facilitar mejor la navegación y hacer otros preparativos en el pueblo de Yoasotoaró, para que á nuestra llegada no tuviéramos mayor demora.

CAPITULO V

Noches en las playas—Peligros.

El día 9 de Septiembre, muy por la mañana, dejámos el puerto de San José y continuámos la marcha con bastante pena, puesto que ya se notaba uno menos de los expedicionarios.

En todo aquel día no encontrámos pueblo ni casa alguna. La noche hay que pasarla sobre las playas en época de verano ó en las copas de los elevados árboles en época de invierno ó lluvias. Si toca la del verano, anhela el fatigado viajero echarse en uno de esos arenales á descansar, y sus miembros encogidos por la rara incomodidad y postura que se lleva en la canoa, recuperan la vida y actividad perdidas.

Mas para pasar las noches encantadoras del verano, los indios construyen admirablemente unos *ranchos* con el fin de ponerse á cubierto de las inclemencias temporales; y son la ordinaria habitación de todo viajero que anda por estos

lugares en dicho tiempo. Por supuesto, es fácil de comprender que así como tales chozas no demandan mucho trabajo, porque su construcción es cuestión á lo más de un cuarto de hora, así también el que las usa no está libre de frecuentes é inesperados percances. Unas veces las silenciosas corrientes de los ríos cambian con facilidad el tendido, pues uno se acuesta sobre arena y se despierta sobre agua. En otras ocasiones el viento toma á su cuenta cumplir á la letra aquello del Evangelio: "*qui ædificavit domum suam supra arenam*"; porque sopla con tánto ímpetu que se lleva no sólo la paja, sino también los puntales que la sostienen. *Sed necdum finis;* pues de ordinario, todo esto es precursor de un buen aguacero, y se queda el huésped sin cama, sin casa y con la ropa mojada: es que los elementos "*irruerunt in domun illam,*" y su ruina no pudo menos que ser muy grande: *et fuit ruina illius magna.*

Sin embargo de todo esto, digo que las noches en las playas del Putumayo, son halagüeñas y encantadoras; y no porque el viajero se vea contrariado de los elementos, dejan de ser más apetecidas que las del invierno.

Y en verdad; sólo quien conoce estos lugares puede decir con qué desesperación y locura se desea que llegue la noche. Desde que sale el sol hasta que se pone, son horas mortales, que ponen á prueba el valor del mejor guerrero, pues se presentan nubes de mosquitos tan exigentes y molestos, que no hay cantidad de sangre que los satisfaga, ni medio para librarse de ellos. El más á propósito es el abanico; pero al cabo de algunos días casi ni de él se puede hacer uso, porque el trabajo de agitar el aire doce horas no interrumpidas, y repitiéndose esta labor durante 10, 15 y más días, es para dejarlo á uno sin movimiento en los brazos y con peligro de adquirir alguna grave enfermedad. Muchas veces, Padre mío, cansado de tánto combatir con aquella clase de enemigos, botaba las armas y metíame en el toldo por ver si así podía tener algún tanto de sosiego y tranquilidad; pero, hasta cierto punto, era peor el remedio que la enfermedad, porque, naturalmente, siendo tan calurosos aquellos lugares, estando cubierto por todas partes (pues si hay alguna abertura, por allí entran los mosquitos), empezaba á sofocarme y sudar tánto que parecía estar dentro del agua; sucediendo á esto la desesperación, y el tornar á la lid sin esperanza de triunfo alguno.

Después de todo esto, y advierto que es poco lo que he dicho de semejante plaga, y sabiendo que en llegada la noche, cesa el trabajo, viene la calma, disminuye el calor y

desaparecen como por encanto los dichos insectos; ¿no se harán desear y no será justo decir que son bellas y encantadoras las noches de verano en el Putumayo?

Para terminar este capítulo diré también algo de lo que pasa en los tiempos de invierno. En esta época, á consecuencia de las grandes riadas, no sólo desaparecen las inmensas playas, sino que quedan sumergidas todas las pequeñas elevaciones existentes en las márgenes del río, y de ahí que el viajero, quiera ó no, y contra toda su voluntad, tiene que pasar el día y la noche dentro de la canoa. Los que ya son prácticos, no olvidan que hay que llevar dentro de la misma canoa una buena provisión de leña seca y otro tanto de arena. Sobre la arena se coloca la leña y se enciende el fuego para preparar la comida. En llegando la noche se buscan los árboles más elevados, y á ellos, con fuertes bejucos ú otra cosa semejante, se atan las embarcaciones con el fin de asegurarlas y de este modo pasar la noche. Debido á ese modo de dormir, los sobresaltos nocturnos causados por el terror, las desgracias y peligros, son tántos y tan frecuentes, que sólo los podrá apreciar quien se haya visto en estas circunstancias.

CAPITULO VI

Yasotoaró—Un matrimonio solemne—Apreciables prendas del General Monroy.

Unas ocho ó diez leguas antes de Yasotoaró tiene el Putumayo un pequeño afluente llamado Cuembí, ó Cuimbé según otros, en este afluente, cuyas aguas entran por la banda derecha del Putumayo, existió años atrás un pequeño pueblo de indios, pero en la actualidad no quedan sino el nombre y el lugar.

El día 11 de Septiembre llegámos al pueblo de Yasotoaró, sito en la orilla izquierda del mismo Putumayo. Aquí nos reunimos con el P. Santiago, quien se había adelantado desde San José con algunos de la Expedición, por los motivos que ya he mencionado.

Los habitantes de este lugar son de iguales costumbres y dialecto de los yá mencionados. Su población total no pasará de unas sesenta almas. La temperatura ordinaria es de sólo 26° R.

Ahora voy á contarle una triste historia, que estos indios y los de Montepa la recuerdan con mucho enojo, y con razón. Por ella vendrá V. R. en conocimiento de la inhumanidad de ciertos comerciantes de antaño con estos infelices.

Preguntábanme con mucho interés sobre el motivo de la Expedición; por qué iba yo con soldados; si era para matar á los indios ó á los malos blancos, etc. Yo les satisfacía la curiosidad, procurando llevar la cosa por la parte halagüeña para ellos, contestándoles: es con el fin de favorecer á los pobres indios; pues habíamos sabido que ciertos blancos habían matado á unos güitotos, y era de castigarlos severamente, etc. Luégo uno de los más ancianos dijo: "Taita Padre: ¿Y otra vez será ese vapor pasando por aquí?" Yo que ignoraba la causa de esta pregunta, contesté categóricamente con entusiasmo, que sí, y que dentro de poco tiempo verían por el Putumayo lanchas y vapores cargados de ropa, machetes, espejos, chaquira y demás objetos que á ellos les gusta. Entonces mi interlocutor añadió: "Así ya no bueno; mío gente será viviendo mejor otra parte; porque no gusta vapor." Y preguntando la causa de no gustarle, contestó: "No vis que yevó mío mujera? eyo hijo (señalando á otro indio), robado tiene; y otro gente, robado tiene. Así ¿cómo querer nosotros vapor?" Al oír esto, me puse con detención á averiguar lo que había pasado con ellos, y la historia es como sigue:

En tiempos no muy remotos (pues aún viven quienes presenciaron la cosa) subió un vapor las aguas del Putumayo, y fue para todos los indios, por naturaleza curiosos, ocasión de admirar. Para cebar mejor su curiosidad subieron al vapor, y lo registraban todo, sin poderse dar cuenta de cómo andaba esa mole con tánta velocidad; y á lo mejor, que no empleaban los blancos el canalete ni la palanca para moverla. Pues bien; ¿qué sucedió? Que mientras estaban los indios embebidos en la observación de la maquinaria, el Capitán y los demás que convinieron en el crimen, alzaron anclas y se fueron robando algunos indios é indias, los que luégo desembarcaron en uno de los puertos del Brasil, y no se ha sabido de ellos hasta el día de hoy. También añade la historia, que en el momento del conflicto varios indios se botaron al río, salvándose unos, pero otros se ahogaron. ¿Qué le parece de los autores de este crimen? ¡Bendito sea Dios que tiene preparado el infierno para todos aquellos á quienes la justicia humana no castiga!

Entre esas víctimas inocentes iba también la mujer del indio que decía no gustarle vinieran vapores; y por lo narrado tenía motivos suficientes de desearlo así. Procuré despreocuparlo diciéndole que los que han de venir no serán tan malos como los otros; pero comprendí que él no se avenía con lo dicho.

Le contaré, ahora, asuntos de otra naturaleza.

Para infundir en los indios mayor respeto á las ceremonias que usa la Iglesia en la administración de los Sacramentos, procuraba que asistieran los soldados, oficiales y el mismo General. Sin ninguna repugnancia y con la mejor voluntad accedían éstos á mis deseos: sobre todo el último, que no sólo gustaba de asistir, sino que también se complacía en servir de padrino en los bautizos de los indiecitos, y al acabarse la ceremonia hacíales pequeños regalos: á unos les daba liencillo para que hicieran cuzmas, á otros les regalaba pañuelos, chaquira, espejos, etc. Así era como se hacía querer; y como veían que él mandaba á los demás soldados, poco á poco se les fue disminuyendo el temor habido á las armas.

Entre las varias cosas que ocurrieron en la administración de los Sacramentos, merece especial mención el casorio del indígena Emilio Carvajal con Lucinda Culantro.

Al tiempo que yo estaba preparando á los dos contrayentes, se me acercó el General, y con algo de curiosidad dijo: Padre, ¿y estos indios qué le pagan de derechos? Espere un momento le dije, y ya verá lo que me dan. Luégo pregunté á los novios, qué era lo que iban á darme. Entre ellos, y en su dialecto, hablaron un poco; después se levantó el indio y cogiendo un pollo lo puso en mis manos, añadiendo que me lo daba por pago de su casorio. Como es de suponer, la franqueza del indio y lo que me dio, fue causa de que el General se echara á la hilaridad. Y yo le dije que aquello era lo que regularmente daban esos pobres indígenas; pero que lo hacían de buen corazón, y si no pagaban más, era porque no tenían. Después de todo esto ofrecióseles dicho señor á servir de padrino, siempre que ellos así lo quisieran; y los novios sin ninguna repugnancia lo aceptaron: lo cual comprueba que no son aferrados en sus costumbres como los del valle de Sibundoy.

Llegada, pues, la hora de la ceremonia, vistióse de gala el General; hízose acompañar de los oficiales y algunos soldados, y luégo se encaminó á la capilla provisional, en donde estaban los contrayentes llamando la atención de cuantos los miraban, por sus raros adornos tanto en el vestido como en la cara. Inmediatamente procedí á la bendición de dicho matrimonio, y luégo celebré la santa misa, durante la cual los indios permanecieron como unas estatuas, sin darse casi cuenta de lo que les pasaba.

Esta solemnidad, como ellos me dijeron, les había gustado muchísimo. Y yo á la vez di las gracias al General;

pues me agradó esa confesión práctica de su catolicismo, al propio tiempo que manifestaba la bondad de su corazón para con esos seres desgraciados. Pero su generosidad no terminó en lo que acabo de narrar, sino que siguió más adelante, porque al salir de la capilla, á la india le hizo buenos donativos, y á Emilio, que nos sirvió de boga, le dijo que durante el viaje le pidiera, aparte de la paga, lo que se le antojara; y así fue: el indio pedía lo que más le gustaba, y si lo había no se lo negaba. Recuerdo que en cierta ocasión el General se quitó el sombrero de viaje, y en su lugar púsose una cachucha. Esto lo vio Emilio y se antojó de pedírselo. Inmediatamente se lo dio, añadiendo con gracia: "casi me arrepiento de la oferta que hice á este indio."

Ya tendré ocasión de referir á V. R. otras acciones recomendables de esta buena persona. Ahora entretengámonos en los sucesos siguientes:

CAPITULO VII

Montepa—Huída de los indios á nuestra llegada—Modo como se logró su vuelta—Influencia del Misionero—Equipo de las nuevas canoas.

Muy corta fue nuestra permanencia con los indios de Yasotoaró; con todo, más que suficiente para hacerles mudar de parecer sobre la conducta de los soldados. Habían creído, por malos informes de un comerciante, que los iban á tratar mal, robarles sus sementeras y otras cosas más. Quedaron muy contentos y agradecidos de todos, máxime de los Misioneros, que procurámos hacerles todo el bien que pudimos.

Llevando también nosotros recuerdos de gratitud, nos despedimos el día 12 de Septiembre. Día y medio anduvimos aguas abajo, y dimos con la bella colina de Montepa, sobre la cual está edificado el pequeño pueblo del mismo nombre. En ese trayecto todos mis compañeros tuvieron una buena navegación, excepto el que escribe estas líneas, quien á consecuencia de un ataque de bilis y un fuerte dolor de cabeza, sufrí lo indecible. Con motivo de este incidente no pude ser testigo de las cosas que habían ocurrido á nuestra llegada, y así se las contaré tal como me las refirieron los soldados y el mismo General.

Unas dos horas antes de llegar al puerto de Montepa, pueden ser vistas las embarcaciones que bajan; y según esto, los indios tuvieron sobrado tiempo para observarlo todo: vieron, pues, á los soldados, sus armas, y las banderas

que tremolaban sobre las canoas; mas, por estar yo acostado, no pudieron verme á mí; y como se les había anunciado que iba con la Expedición el Misionero, á quien ellos quieren mucho, todo esto contribuyó para que formaran la resolución de abandonar sus casas é irse monte adentro. Lo cierto es que al desembarcar nuestra gente no encontró un solo indio.

A mí, con mucha caridad, me llevaron desde la canoa á una de las casas más inmediatas, y colocáronme sobre una ancha tabla, que los indios suelen tener para sentarse, en sus grandes reuniones. Supliqué á los soldados que me cubrieran la cara con una sábana, para que los mosquitos no me picaran, y que me dejaran tranquilo. Todo esto pasaría á la una de la tarde, y á las seis p. m. me despertaron mis compañeros, debido á que, por causa de un aguacero y estar desmantelada la casa, me caía el agua encima. Luégo levantándome fui en busca del General, quien se admiró de mi pronta curación. Ordenó que sirvieran la comida, á la que asistí con pocas disposiciones todavía, pero con mucho contento, pues ya me había pasado la enfermedad. Al verme los indios, empezaron á salir de sus casas, y, con su Cacique ó Capitán á la cabeza, fueron á visitarme, llevando algunos plátanos y una ó dos piñas. Recuerdo que los soldados les decían en mi presencia: "No veis cómo no ha sido mentira de que Taita Padre estaba aquí? ¿por qué se huyeron?" Y ellos por respuesta sólo se reían. Lo que había ocurrido, pues, fue lo siguiente: Al ver que no había un sér viviente en todo el pueblo, varios de los soldados se fueron para el monte por ver si daban con algún fugitivo. Pronto vieron por medio de los árboles, á uno que estaba escondido: lo llamaron, diciéndole al mismo tiempo que no tuviera miedo; pero esto bastó para echar á correr montaña adentro. Siguieron en pos de él amenazando de que si no paraba le harían fuego; mas todo era inútil. Entonces se le ocurrió á uno de los soldados decirle: "Taita Padre está en la casa, vino con nosotros; vayan á visitarlo." Oyendo esto el fugitivo disimuladamente suspendió la carrera, y esperó que le hablasen de cerca. Con prudencia y buenas palabras hicieron que se le fuera el miedo, y lo persuadieron de cómo era verdad que yo estaba en la casa. Cuando por sí mismo estuvo cerciorado, fue á avisar á los demás que por allí cerca estaban, sin duda, observando todo. A hurtadillas entraban, cada cual á su casa, y dentro de poco tiempo estuvieron todos reunidos.

Todo esto, como se ve, Padre mío, es de no poco consue-

lo para el Misionero, al saber que lo quieren y respetan, y que es el único en quien pueden confiar. Tienen razón en creerlo así: porque si me pusiera á contarle las fechorías, engaños y vejámenes de muchos comerciantes, es para admirar cómo todavía vivan los indios en esos lugares, y no se hayan transmontado huyendo de los que tan mal trato les dan.

Al siguiente día de ocurridas estas cosas, llegó sin novedad el P. Santiago con la mitad de la Expedición; y desde este punto anduvimos ya juntos hasta Tres-Esquinas (confluencia del Orteguasa con el Caquetá), en donde hubo necesidad de separarnos de nuevo.

Lo que motivaba unas veces el adelanto de unos y otras el de otros, era la falta de buenas canoas y la urgente necesidad de llegar pronto al río Caraparaná. Para remediar lo primero y cumplir con lo segundo, nos adelantábamos algunos en las mejores canoas, con el fin de tener arreglado el viaje para los que venían atrás; y éstos se quedaban luégo reparando ó embalsando las embarcaciones que lo necesitaban para asegurar la navegación.

Cinco días permanecimos con los indios de Montepa. En este tiempo se familiarizaron mucho con los soldados; y si al principio huyeron de ellos, luégo tomaban, con gusto, parte activa en los juegos que, por distracción, formaban en las noches de luna. También eran muy exactos en la asistencia á la misa y demás actos religiosos, manifestando asimismo como una pasión por oír cantar; lo que tuvimos ocasión de notar cuando, según costumbre, después de las Letanías Lauretanas, entonábamos á coros, los gozos de la Divina Pastora.

También en este lugar, después que estuvieron muy bien arregladas las cinco canoas, tres grandes y dos pequeñas que fue el total de las que llevábamos hasta *Nueva Granada*, pusimos toda la expedición bajo el amparo de la Santísima Virgen, y, antes de volvernos á embarcar, bendijimos dos nuevas: á la una se la denominó *Becerra* y á la segunda *Reyes*. Terminada la ceremonia (la que se hizo con la solemnidad que permiten esos lugares) hubo salvas de artillería en honor de los dos personajes; y mientras que las montañas de uno y otro lado del Putumayo repetían con su eco el ruido aturdidor de las descargas, nosotros íbamos dejando el puerto de Montepa.

[illegible]

[illegible]

[illegible] P. [illegible] pasaba por [illegible] que estaban [illegible], y dió su vida en muy [illegible] de Junio de 1869; [illegible]. Todos estos [illegible] aún; y hasta unas [illegible] en la orilla izquierda [illegible] de La Concepción, y tes- [illegible] de dicho Padre, todo, [illegible] se exaltara y fuera mas [illegible].

[illegible] que los juicios del Señor son muy [illegible] los de los hombres, el P. Santiago y yo enco- [illegible] á [illegible] del adiaú, é hicimos también que la tropa hiciera su memoria con una marcha fúnebre.

[illegible] La Concepción á nuestra izquierda, continuámos la navegación, admirando el poder y bondad del Señor, que grande se ostentaban en aquella mañana. El melodioso cantar de las aves, tan bellas y de varios matices; el majestuoso río sembrado de palmeras y bambúes á uno y otro

lado, y los delfines que jugueteaban en sus tranquilas aguas, todo convidaba á bendecir al Autor de esas maravillas, y repetir emocionados aquel "*Cantate Domino canticum novum, quia mirabilia fecit.*" (Ps. 97).

Desde dicho lugar hasta Güepí, agencia del Sr. Antonio Angel, sita en la margen izquierda, hay por lo menos unas 19 leguas. Güepí en la actualidad ha perdido por completo su adelanto y progreso anteriores. Allí no vimos cosa de especial mención, y así después de unas dos horas, lo suficiente para que prepararan el almuerzo, entrámos con desesperación á las canoas, pues el mosquito, que hay en abundancia en aquel lugar, nos hizo muy mal recibimiento.

Siguiendo el cauce del río, unas trece horas más, tenemos á Micuntí en la misma ribera. Es una altura algo considerable, y en donde, 32 años atrás, existió un pueblo de negros brasileños. Personas que conocen la historia del Putumayo me aseguraron que una peste traída por uno de los vapores en aquel tiempo, sentó sus reales en Micuntí, y murieron casi todos sus habitantes: algunos que sobrevivieron á la catástrofe, abandonaron sus casas y sementeras y se fueron á su país natal. Lo cierto es que hoy no hay vestigio alguno de ese pueblo. Desde este lugar hasta Buenos-Aires, vivienda del Sr. Felipe Losada, empleámos tres días y medio. En este trayecto el Putumayo aumenta el caudal de sus aguas con los que le dan el río Caneaya y el Curilla.

En cuanto á nuestra navegación, puedo decir que hubo de todo: grandes alegrones, y no pequeños sobresaltos y temores nocturnos. La hora de la pesca, que ordinariamente la hacíamos desde las seis hasta las siete de la noche, era tan divertida y abundante que nos hacía olvidar las molestias y penalidades del día; pero cuando el cielo rompía sus cataratas en altas horas de la noche, y el viento empezaba por destruír la multitud de pequeños *ranchos* que la tropa y los indios habían fabricado en las inmensas orillas del río, y el agua á agitarse hasta formar oleajes sobre los que, como cáscaras de huevos, saltaban las canoas; y finalmente, cuando, por la oscuridad de la noche, se declaraba la confusión; eran á no dudarlo momentos que exigían mucha presencia de ánimo y no poca resignación. De mi parte le confieso, Padre, que á consecuencia de estas borrascas y malos temporales, quedé por algún tiempo bastante nervioso. Unas veces asustaba al P. Santiago con los gritos que daba al dormir, porque soñaba que los tigres, las culebras y otros animales feroces se acercaban al lugar de mi descanso; otras, comenzaba á fatigarme como quien lucha y se desespera en

un naufragio. Obedeciendo todo esto á que la imaginación se exaltaba en el sueño por causa de los peligros que habíamos tenido durante el día. Sigamos.

En Buenos-Aires tuvimos el casual encuentro de una tribu de indios güitotos, llamados por otro nombre los *Caimitos*. Estos infelices, dependientes del citado Felipe, tienen sus casas y sementeras á un día de camino de este lugar y hacia la parte izquierda del Putumayo. Cada tres ó cuatro meses suelen salir á la casa de su patrón llevando el cauchoque en ese tiempo han podido extraer; y en habiendo hecho la entrega, tornan nuevamente á sus viviendas para seguir la misma labor. Por otra parte es asaz dificultoso el camino que conduce á ellos, y aun el guía, si no es bastante práctico en aquella parte del Putumayo, puede con facilidad pasar de largo sin darse cuenta del tal Buenos-Aires. Esta ha sido la causa porque nuestros Padres en las correrías que han hecho por este río ni siquiera han sabido del lugar en donde viven los *Caimitos*. Lo mismo hubiera pasado con nosotros; pero hubo la circunstancia de que un comerciante que se nos adelantó, llegó precisamente cuando los indios estaban ya de regreso y les dio la noticia de que al siguiente día debíamos estar allí nosotros; y esto les fue suficiente para suspender el viaje con el fin de conocer al Misionero. Pues á decir del Sr. Losada, nunca habían visto sacerdote alguno, á excepción de tres indios que acompañaron á su patrón hasta Iquitos.

A nuestra llegada (aunque juzgo obedeció á la presencia de los soldados), se escondieron casi todos los indios, y sólo el Sr. Losada, con cinco blancos dependientes suyos, salieron á recibirnos. Dicho señor nos dijo que los tenía reunidos á todos, pero que al tiempo de cumplir con los deberes de urbanidad se habían escondido.

Varios de los indios estaban encerrados en un cuarto de la misma casa, y con mucho trabajo conseguimos el que salieran; á otros que se habían escondido en las chacras inmediatas, fue necesario amenazarles con severo castigo para que se presentaran. Comprendí que los indios tenían mucho miedo á aquel señor, porque á sus gritos y amenazas pronto se reunieron, y nosotros tuvimos la oportunidad de mostrarnos accesibles y darles á conocer nuestro amor y compasión hacia ellos. Esto último, en semejantes ocasiones, no cuesta mucho; pues basta pensar en que por estos infelices también sufrió la muerte nuestro Redentor, y en que son nuestros hermanos y tan herederos como nosotros del reino de los cielos. Pero al ver su modo de vivir, que casi en nada

se diferencia del de las fieras; sus ningunos conocimientos del verdadero Dios, porque los pocos que tienen están envueltos en mil supersticiones; y al considerar que siendo el Misionero el único que los puede sacar de aquel triste estado, siéndole á éste imposible permanecer lo suficiente con ellos, es para desgarrarle el corazón, y ponerle en estado de tormento semejante al de una madre que ve la perdición de su hijo y no lo puede salvar. Con esta pena nos despedimos de nuestros indios, recomendándoles á sus amos que los trataran bien y les enseñaran lo poco que éstos sabían de nuestra Religión santa.

CAPITULO IX

Loma denominada *Cimacuntí*, célebre por el bejuco curare—Trocha entre el Putumayo y Caraparaná—Campuya y Caraparaná, afluentes del Putumayo.

No olvide, Padre, que hasta este lugar llevábamos yá más de un mes desde que salimos de Mocoa, y aún nos quedaba por andar siete días más para llegar á *Nueva Granada*, término de nuestro viaje por el Putumayo, aguas abajo.

El 27 de Septiembre nos despedimos de nuestros indios Caimitos, y después de haber andado unas ocho ó nueve leguas, hallamos á nuestra derecha las aguas del río Yuvineto, y si continuamos un día más, encontraremos, á la parte opuesta, las del Piñuña. De este afluente al del río Yoquirilla sólo se gasta una hora y media.

Todos estos riachuelos y otros cuyos nombres me he olvidado, son insignificantes en el tiempo de verano; pero de utilidad admirable para el comercio en el invierno: siendo esta también la causa porque los vapores nunca podrán subir el Putumayo en la primera época; pero sí es muy fácil que lleguen hasta La Sofía en el invierno, como ya se ha visto prácticamente en tiempos anteriores.

Ahora, dejando el río Yoquirilla y siguiendo el curso de las aguas, tendremos, después de doce horas de navegación, la famosa loma de *Cimacuntí*. Digo famosa, por la celebridad que adquirió años atrás á causa del renombrado bejuco *curare* que se encuentra allí. Tanto los indios del Alto Putumayo como los del Bajo, iban á buscar ese bejuco, del cual extraían el activo veneno del mismo nombre. De él hacían uso continuo para la cacería, y lo cambiaban por ropa, sal y otros objetos. Estas cosas se las facilitaban los comerciantes, y en cambio obtenían el tal veneno para negociarlo con

los indios del valle de Sibundoy, de Mocoa, Guineo y de otros puntos en donde era conocida la eficacia del curare, pero se ignoraba su preparación. Mas en la actualidad sucede al revés, porque los comerciantes lo traen en mucha cantidad del Amazonas y de Iquitos, vendiéndoselo más barato á los indios, y éstos, que antes se dedicaban á su extracción, hoy sirven mucho en el oficio de bogas.

Desde *Cimacunti* aún quedan por andar unas 14 leguas para encontrar hacia la izquierda la travesía denominada *Varadero de David Serrano*. Es una trocha que pone en comunicación el Putumayo con el río Caraparaná. Muchos de sus conocedores me aseguraron que sólo se emplean unas cuatro horas del un lugar al otro.

Fácil es comprender la utilidad que reportan los comerciantes con este camino. Si se trata de los que bajan el Putumayo y quieren hacer sus negocios con las Agencias del Caraparaná, les evita, por lo menos, unos cinco días, que son los que se emplean andando por agua. La misma ventaja y aún mayor tienen los que están por el río Napo, porque una vez que logran colocar las mercancías y demás artículos en el río Campuya, éste les ofrece fácil navegación hasta su confluencia, y de allí á dicho camino sólo habrá unas 15 leguas, aguas arriba.

He llamado la atención sobre esta travesía por ser la más conocida y frecuentada; pero hay otras muchísimas que ponen en comunicación estos ríos y aun el mismo Caquetá con el Putumayo.

Sigamos, ahora, nuestra marcha. Era el día 30 de Septiembre cuando, después de haber navegado unas doce horas desde el *Varadero* ya mencionado, llegámos á la confluencia del río Campuya, cuyas aguas las recibe el Putumayo por la banda derecha. Me pareció ser más caudaloso que el Guamuez; y por datos que recibí, incomparablemente mejor para la navegación bajo todo punto de vista. Según lo acordado precariamente por los dos Gobiernos colombiano y peruano, Campuya es uno de los ríos que forman parte de la línea divisoria de las dos naciones.

En su propia confluencia existe una pequeña casa provisional del Sr. Manuel Hidalgo, en donde desembarcan así las mercancías como también los víveres y demás objetos que dicho señor trae desde Iquitos, y luégo los pasan para el Caraparaná por el expresado *Varadero*.

El encuentro de esta casa fue una providencia del cielo para todos nosotros: pues al tiempo que salíamos de las canoas formóse una tempestad de rayos y truenos, acompaña-

da de huracanes, que si nos hubiera cogido en el río, de seguro que en ese día habríamos tenido algunas desgracias. Cuando estuvimos dentro de la casa muchas veces pensámos que, en verdad, el viento se la llevaba; pero afortunadamente había sido construída para hacer frente á esa clase de borrascas, y así sólo le arrebató una de sus puertas, y á nosotros nos libró por unos momentos de las nubes de mosquitos; pues durante todo el conflicto ni uno siquiera se veía. Una vez pasada la tormenta tomámos nuestros vehículos y fuimos á pernoctar tres horas más abajo del río Campuya. Hemos terminado ya el mes de Septiembre; y ¡bendito y loado sea el Señor, así por lo próspero como por lo adverso que nos ha sucedido! Empecemos, ahora, el Octubre, testigo también de muchas alegrías y de no pocos pesares.

Dos días y medio habíamos andado desde el Campuya, y encontrámos al navegable Caraparaná, cuyas aguas, después de haberlas recogido en las lagunas y riachuelos existentes entre el Caquetá y el Putumayo, las deposita en este último, por la banda izquierda.

El Caraparaná, hoy por hoy, constituye en estos lugares uno de los focos principales del comercio; y para los empresarios es ventajosísimo bajo todo punto de vista. No muy lejos de sus orillas se encuentran más de cuarenta tribus de indios güitotos, poderoso elemento del que se sirven los caucheros para extraer las gomas; los vapores pueden surcar sus aguas en todo tiempo, lo que no pasa en otros ríos á pesar de ser más caudalosos; y si consideramos que las enfermedades, mosquitos y zancudos son menos en comparación de los que hay en el Putumayo y Caquetá, tendremos que el Caraparaná está llamado para formar un centro de mucha riqueza y movimiento mercantil.

De este río tendré ocasión de hablar muchas veces en la segundà parte de mi relación, y por esto no me detengo más en sus pormenores.

El 3 de Octubre, víspera de la fiesta de N. P. S. Francisco, perdimos de vista el Caraparaná, y después de haber navegado unas cuatro horas más por el Putumayo, llegámos al puerto de los Sres. Cabreras, denominado *Nueva Granada.* Aquí termina ya nuestro viaje, aguas abajo. Aquí, después de unos días de indispensable descanso, pasámos por la pena de separarnos de nuestros amados compañeros. Pero antes de seguir mi relación es muy justo que les dedique, siquiera, algunas líneas, para que se conozca su buen comportamiento como católicos y como amadores de su Patria.

CAPITULO X

Expedición colombiana practicada por el Putumayo, á mando del señor Intendente, Rogerio María Becerra, y General Pablo J. Monroy. (Año de 1905)

El Gobierno colombiano en cumplimiento de su deber, tan luego como tuvo noticia de que la Nación era perjudicada en sus posesiones colindantes con el Ecuador y Perú, ordenó se practicara una Expedición, exclusivamente con el fin de averiguar qué había de cierto en tales puntos.

Al efecto, en el mes de Julio de 1905 salió de Pasto una pequeña escuadra compuesta de 27 soldados, al mando del General Pablo J. Monroy, quien, según lo dispuesto por el mismo Gobierno, debía obrar en todo, de acuerdo con el señor Intendente, Rogerio María Becerra, compañero también de dicha Expedición. Llegaron á Mocoa á fines del mismo mes; y después de algunos días de descanso, continuamos del modo que ya he relatado en los capítulos anteriores. Durante el viaje todos se manejaron muy bien con nosotros, de lo que estamos altamente agradecidos. Hicimos lo posible por mantener suma armonía, y, gracias á Dios, la conseguimos todo el tiempo que los acompañámos, que fue hasta *Nueva Granada.*

Los soldados se portaron, debido á las buenas dotes de su jefe, como buenos cristianos y muy amantes de su Patria. En todos los actos religiosos eran los primeros en asistir; y por eso fueron bien quistos no sólo de los blancos, sino hasta de los indios.

Antes de entrar al Caquetá todos se confesaron y recibieron la comunión, siendo su jefe el primero que les dio ejemplo. Y en el trayecto que los acompañámos, casi ningún día dejaron de rezar el Santo Rosario. A las tres ó cuatro de la mañana eran los momentos más felices é imponentes, porque en esas horas (que era regularmente cuando se daba principio á la marcha), reunidas las canoas bajábamos por la mitad del anchuroso Putumayo, rezando en voz alta y á dos coros, la salutación angélica. Luégo se cantaba las Letanías, y terminábamos con los gozos de la Divina Pastora, repitiendo con más fervor aquella estrofita de:

"Pastora en la tierra,
Pastora en las aguas,
En cualquiera parte
Tus ovejas salvas."

A nuestros cantos seguía el de las avecillas del cielo, que en esos lugares son tántas y de tan variados colores, y sus armonías sólo inferiores á las de los ángeles. ¡Bellas mañanas que nunca os olvidaré!

Invocando, pues, á la Estrella de la mañana, era muy justo que Ella nos llevara con felicidad; y así fue: porque siendo tan deletéreos aquellos lugares, existiendo plagas insoportables, no faltando la víbora, tigres, caimanes, etc. etc.; durmiendo casi todas las noches á campo raso, y muchas con la ropa mojada, es de admirar cómo á ninguno nos hayan dado las fiebres, que son tan frecuentes en el Putumayo: ¡es que María iba con nosotros!

Ahi tiene, Padre mío, en pocas palabras demostrada la protección del cielo y el sentimiento católico de nuestros expedicionarios.

Ahora, si quisiera detenerme en la narración del patriotismo que manifestaron en medio del sufrimiento y abandono indescriptibles, fuera para no acabar. Con todo, aunque cón brevedad, me permito decir algo, pues estoy convencido de que saldrán á luz los informes que rendirán sobre dicha Expedición las personas á quienes toca hacerlo; y allí se verá el cúmulo de sacrificios que hicieron por su Patria.

Nadie, sino quien conoce estos desiertos, puede formarse una idea de lo mucho que debe padecer quien llega al estado de encontrarse sin víveres, sin vestido y sin dinero. Pues bien; la Expedición estuvo provista de estas cosas sólo para cuatro meses, en la persuasión de que sería tiempo más que suficiente para llenar su cometido; empero, por causas imprevistas, no pudo estar de regreso sino después de un año. Ahora bien; terminados los cuatro meses, se terminó también lo demás, y comenzaron á soportar las terribles consecuencias de la escasez. Unos quedaron sin sombrero, y soportaban con heroísmo los rayos de un sol abrasador; otros, faltos de ropa, eran víctimas de las nubes de mosquitos, y para muchos el mismo vestido era una grave mortificación; pues ya sabemos lo que sucede, en lugares ardientes, al llevar mucho tiempo al cuerpo un solo vestido.

Más aún: cuando, después de mil molestias y contratiempos, pudieron llegar al Caraparaná, lugar designado por el Gobierno para que se estableciera una Aduana, se encontraron (creo no exagerar) en la última miseria. Y este fue el motivo porque el General Monroy para que no pereciera toda la gente, tuvo que dividirla en varios grúpos y colocarlos en las Agencias de los comerciantes, para que así pudieran ganarse la vida. ¡Allí, entonces, era de admirar la pa-

ciencia y conformidad de los soldados! Yo mismo veía á muchos confundidos con los indios güitotos y soportar el peso del trabajo al sol y al agua. Unos pisaban barro; otros iban monte adentro en busca de cacería; esotros, tomando el oficio de cargadores, se ocupaban llevando plátano, yuca y otros artículos á los lugares en donde tenían establecidos los trabajos dichos comerciantes, y finalmente, todos sufrían lo indecible.

Debo advertir á V. R. cómo antes que los expedicionarios se vieran en estas circunstancias (pues ya se previó que eso iba á pasar), determinaron de común acuerdo, mandar desde *Nueva Granada* un propio á Pasto, para que informara al Gobierno de lo que ocurría, y regresara (con la prontitud que ya es de suponerse) con los auxilios indispensables. Esto, aunque era para ejercitar la paciencia, pues no podía estar de regreso sinó después de cuatro ó cinco meses, siempre fue un consuelo y se sufría con alguna esperanza. ¿Y cuál no debió ser la pena y cólera de los infelices, al saber que quien llevaba tal comisión, una vez que llegó á Pasto, por no volver pidió su baja, y se la concedieron?

Todo esto y mucho más, que por no hacerme prolijo paso en silencio, ocurrió en la Expedición del Putumayo.

Ahora quiero terminar este capítulo, y con él la primera parte de mi relación, contando un rasgo de verdadero patriotismo, advirtiendo que el espíritu habido en unos, reinaba en todos. Hélo aquí:

Hubo ocasión en que el General Monroy no tenía cómo pagar bogas, puesto que todo se le había agotado. Algunas de las clases y soldados, privándose de muchas cosas, quizá necesarias, tenían sus pequeños ahorros; y con un raro desprendimiento los pusieron en manos del General, añadiendo á la vez: "Esperamos que el Gobierno en debido tiempo nos lo volverá; empero, si no lo hace, nos queda la satisfacción de haber hecho algo por nuestra Patria."

¡Estos sí eran patriotas!

PARTE SEGUNDA

CAPITULO I

Realización de nuestras aspiraciones — Entre los Gülitotos—Sus casas—Población actual—Causas de su disminución—Conocimiento confuso del verdadero Dios.

A manera de preámbulo de la Segunda parte, me permito explicar la causa del por qué el R. P. Santiago y yo nos separámos desde *Nueva Granada* de nuestros amados expedicionarios.

Muchos fueron los motivos para hacerlo así; pero los principales eran: 1.° por qué el señor Intendente y el General Monroy no recibieron orden alguna del Gobierno sobre lo que se debía obrar una vez que llegáramos al lugar mencionado; y antes de esto (como era natural) estaban indecisos sobre continuar la marcha ó regresarse á Pasto; y 2.°, que yendo con la tropa no podíamos disponer del tiempo necesario para llenar nuestro ministerio, pues no era justo, en las circunstancias que atravesaban, se detuviesen en donde nosotros teníamos mucho trabajo apostólico; y para nosotros hubiera sido sumamente penoso pasar, sin hacer el bien, por los lugares en donde rarísimas veces se presenta el Misionero. Estas fueron las causas de haber nosotros tomado diverso rumbo y dejar la Expedición, á pesar de lo mucho que fuimos rogados para que la acompañáramos.

También diré, para gloria de Dios y para que otros Misioneros (cuando se encuentren en las mismas circunstancias que nosotros) vean cómo el Señor tiene un cuidado especial con los que continúan la obra de su redención; que nuestra situación no era mejor que la de los expediciona-

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

rios. Hasta *Nueva Granada* compartimos con ellos las penalidades y privaciones; y, cuando nos separámos, estuvimos á merced de los comerciantes y de los indios. Toda nuestra riqueza consistía en un poco de harina y un poco de vino para celebrar el santo sacrificio de la Misa; y para lo demás: *Jacta super Dominum curam tuam et ipse te enutriet.*" (Ps. 54). Arrója todos tus cuidados en el Señor y Él cuidará de ti. Con todo, y á pesar de la Providencia divina, siempre aprendimos á sufrir más; pero, en el dolor, hasta tuvimos algo de orgullo, considerando cómo otros sufrían y se sacrificaban por la Patria y sus intereses, mientras que nosotros lo sufríamos por el cielo y por las almas de tántos infelices indios.

Sí; este había sido, por mucho tiempo, nuestro anhelo: buscar y defender, entre las tribus salvajes de los Güitotos los intereses de Jesucristo; aumentar el redil de la Iglesia Católica, y abrir las puertas del cielo á centenares de párvulos que fueron arrebatados de las garras del Demonio y quedaron hechos hijos de Dios por medio del santo Bautismo.

Estamos, pues, con nuestros amados Güitotos. Iré poco á poco informándole de lo mucho que vimos y trabajámos entre ellos.

Empezaré dando una idea de cómo fabrican sus casas, pues á mí hasta esto me llamó la atención. La forma que les dan es circunferencial en la base, y en la altura las hacen terminar casi en punta; adquiriendo, por lo mismo, con poca diferencia, la figura de un cono. Son excesivamente grandes, como que están destinadas á contener, y con bastante holgura, quince, veinte y más familias. Y en los grandes concursos, cuando se reúnen hasta mil y más indios, el interior de una casa hace el oficio de plaza, en donde cantan y bailan día y noche. Exteriormente no se ve un solo palo, puesto que las cubren de hojas desde la cima hasta el suelo. Hay tantas puertas cuantas son las familias; pero no se ven, salvo la principal, por donde entran y salen los forasteros; y al cerrarse ésta sucede lo que me pasó á mí: que daba vueltas y más vueltas al rededor y no daba con la entrada. Esto tiene su fácil explicación, si se tiene en cuenta que las puertas son de la misma materia que el techo y las paredes; esto es: de hojas; y que las colocan de tal manera que hacen el oficio de una válvula. Si de lo exterior pasámos á lo interior, tendremos que dichas casas no tienen semejanza sino con las grandes cavernas y guaridas de fieras, y se necesita mucha tranquilidad de ánimo para no amedrentarse y salir corriendo.

A pesar de ser muy espaciosas, al entrar uno en ellas se queda en completa oscuridad. Cuando ha pasado el tiempo necesario para poder distinguir los objetos, descúbrese una red de hamacas, colocadas en todas direcciones; unas grandes, otras pequeñas, y muchas encima no de una, sino de tres y cuatro; pudiendo, con verdad, decir que hay tantas hamacas colgadas cuantos son los que habitan en la casa. Cuartos y divisiones no acostumbran hacer. Hay, sí, grandes postes clavados de manera que se les facilitaría darles la forma dicha.

Cada familia tiene su fogón por separado, y siempre lo colocan enfrente de la puerta perteneciente á cada cual; y como las casas son redondas, resulta que los fogones forman una perfecta circunferencia.

Con esto me parece haberle dado una idea de una casa de indios Güitotos; y no quiero detenerme más, pues habrá ocasión de tratar de este asunto en los capítulos siguientes.

Ahora, si de sus casas pasamos á tratar de su población, tendremos que asombra la disminución habida en sólo diez años. El mismo P. Basilio nos asegura que cuando en 1900 visitó á los Güitotos, le dijeron personas fidedignas que la población llegaba á 90,000 indios; pero en la actualidad y aun con temor de exagerar, digo que no pasan de unos 40,000. Y tengo motivo para aseverar esto: porque en el tiempo que estuvimos con los indios y cuando visitámos todas las Agencias del Caraparaná, hubo ocasión de tratar detenidamente el asunto, tanto con el Sr. Gregorio Calderón y Braulio Cuéllar, hombres de mucho prestigio y largo vivir entre estos salvajes, como también con otros que habían estado en las tribus del Ingaraparaná; y todos, unánimes, convinieron en la disminución asombrosa, y en el número dicho.

Varias son las causas que explican la muerte de tántos indios en el corto tiempo de seis años; y tengo para mi que si circunstancias favorables no sustituyen á las presentes, acabarán por extinguirse estos infelices.

Las principales son: la vida errante y salvaje que llevan; las guerras entre los mismos y con los blancos; y por último, la viruela y otras epidemias traídas en los vapores que vienen á llevar el caucho.

Vamos por partes. Vida salvaje: Todos sabemos que la falta de higiene y vestido es causa de muchas enfermedades. Pues bien: estos indios no se cuidan ni se privan de ninguna clase de alimentos; lo devoran todo y á todas horas. De las carnes, inclusa la humana, que quizá es la que más aprecian, comen la del tigre, mono, culebra, sapo, ratones,

caimanes, etc. etc. Otro tanto sucede con las pepitas y frutas de árboles; con los animales acuáticos, sin exceptuar la *raya, temblón* y otros venenosos.

Vestido: no conocen sino el que tenían nuestros padres en el Paraíso, antes de pecar. Verdad que hay así indios como indias que van cubiertos, y algunos con mucho lujo; pero son aquellos á quienes los comerciantes quieren tener gratos para conseguir sus fines materiales. Con este modo de vivir, trabajando, así desnudos, al sol y al agua, es, pues, consecuencia legítima que adquieran enfermedades con mucha frecuencia; y como son casi ningunos los medicamentos que se aplican, resulta la muerte para no pocos.

Guerras: En estos últimos diez años han tenido muchísimas; así entre las tribus enemigas, como con los blancos, de quienes pretendieron librarse. Y como el fin de las guerras entre ellos es para comerse al vencido, y vencidos regularmente son los ancianos y niños que no pueden correr en las retiradas, síguese que con éstos y los que mueren envenenados por las flechas, son muchos los que desaparecen del teatro de la vida.

Viruela y catarros: Estas enfermedades hacen mayores estragos que los que les causan sus guerras y envenenamientos. Sólo diré que en los puntos por donde anduvimos, casi no hubo trayecto de doce horas, en que no se nos enseñara algún lugar en donde pocos años antes habían existido tribus enteras de indios Güitotos, y de ellas, ahora, sólo nos daban noticias. ¿Quién las destruyó? La viruela, el catarro ú otra enfermedad.

Reseñadas así, brevemente, las causas de la disminución de indios Güitotos, paso á concluír la materia que ofrecí tratar en este capítulo; esto es: del conocimiento confuso que tienen del verdadero Dios.

Al respecto diré que casi todos los güitotos son politeístas. No obstante, entre los muchos dioses reconocen á uno con poder y preeminencia sobre los demás; y dicen que éste arroja al infierno á los malos. Del mismo modo que tienen la idea de muchos espíritus buenos ó dioses, creen asimismo en la existencia de muchos espíritus malos ó demonios, reconociendo á uno, peor que los demás.

Ahora, Padre, en medio de estas creencias hay una de no poco consuelo para el Misionero, y es: que atribuyen á los dioses todo lo bueno, y á los demonios todo lo malo.

Cosa de los dioses es, pues, tener buena cosecha de yuca brava (la dulce no la cultivan); encontrar abundante cacería; gozar de buena salud, y vencer á sus enemigos. Por el con-

trario, los malos espíritus son quienes hacen perder las sementeras, los que traen las enfermedades y la muerte. Sigamos.

Dan el nombre de Dios (Jusiñamuy, en güitoto) no sólo á los espíritus invisibles, sino también á algunos hombres á quienes han llegado á querer, ó que ejercen alguna autoridad sobre los demás. Así, por ejemplo, al Sr. Gregorio Calderón, hombre que se ha manejado bien con ellos, en momentos de entusiasmo, le dicen: "¡Viva nuestro Dios!" El nombre que dan al Misionero, también no es otro, sino el de Dios. Y cuando nosotros les decíamos cuál era nuestro nombre, lo tomaban como un simple apellido, llamándonos entonces: "Jusiñamuy Santiago," "Jusiñamuy Jacinto"; ó sea: Dios Santiago, Dios Jacinto. Todo lo cual comprueba el bajo concepto que tienen del verdadero Dios.

Como ve, V. R., todo este capítulo no ha sido sino como un preámbulo, ó la puerta por la que lo introduciré para que vea muchísimas otras cosas; y en él no he hecho sino levantar una parte del velo, y mostrarle una pequeña parte del cuadro, que ahora, en los siguientes capítulos, lo verá con alguna detención.

CAPITULO II

Fiesta de N. P. San Francisco—Salida de *Nueva Granada* con dirección á *El Encanto*—Penalidades en la navegación—*El Lago*, vivienda del joven Rubén Gasca—Casual encuentro con el Cacique de una tribu de indios güitotos llamados Fayajenes—Conversión del Cacique—Llegada á *El Encanto*, y preparativos para introducirnos á las tribus antropófagas existentes entre el río Caraparaná é Ingaraparaná.

Volvamos á reanudar nuestro itinerario algún tanto interrumpido.

El 3 de Octubre de 1905 llegámos al puerto de *Nueva Granada*, sito en la orilla izquierda del Putumayo. Aquí se encuentra la casa de los Sres. Cabreras, oriundos de Pasto. En dicha casa nos dieron hospitalidad, y en los 17 días que parámos allí se portaron muy caballerosamente con nosotros, especialmente el Sr. Emilio; de quien estamos muy agradecidos.

La fiesta de nuestro P. San Francisco la celebrámos del modo más triste que puede imaginarse; por supuesto no por falta de voluntad, sino porque el tiempo, lugar y circunstancias así lo exigieron. De fiesta sólo tuvimos la santa Misa, y nada más.

El P. Santiago, que nunca había tenido un 4 de Octubre semejante al de *Nueva Granada*, no pudo ocultar su pena, y

la manifestó á quien adolecía del mismo mal. Traíame á la memoria el gozo que reina en nuestros conventos y en el corazón de cada uno de nuestros hermanos, cuando celebran las glorias del Serafín de Asís; y al encontrarnos lejos de ellos, en estos desiertos y soledades, desprovistos hasta de lo más necesario, se redobló nuestra pena y nostalgia.

En los 17 días que permanecimos con los Sres. Cabreras, no perdimos ocasión de adquirir datos sobre el modo de atraer á los indios, así como de sus costumbres y manera de vivir. Muchas de estas cosas observámos prácticamente; pues en aquellos días llegó la tribu de los indios Bochanisayes con el caucho para sus patrones, y como se demoraran algún tiempo en *Nueva Granada*, presenciámos varias de sus costumbres.

Después de todo esto, y con algún temor sobre cuál podría ser nuestra suerte en medio de las tribus salvajes, nos despedimos de nuestros caseros y de toda la Expedición; y poniéndonos bajo la protección del cielo y á merced de las aguas, empezámos á desandar el Putumayo para tomar el río Caraparaná, cuya ruta habíamos escogido. Sucedía esto el 19 de Octubre, día, bajo todos respectos, penosísimo para mí, pues á poco tiempo de haber navegado, me sentí con fuerte dolor á la cabeza, pronóstico del ataque de bilis que luégo experimenté. El sol de ese día era casi tropical; el vaivén de la canoa, mortificante por demás, pues sabido es cuánto se lucha contra la corriente de las aguas; todo, en fin, contribuyó para que se agravara mi enfermedad.

En esas ocasiones, de un modo especial, el R. P. Santiago redoblaba su caridad con su pobre hermano. Unas veces me hacía recostar en las rodillas para evitar el que me cayera al agua; otras, olvidándose de su propio cuidado, con una mano ponía el paraguas sobre mi cabeza con el fin de hacerme sombra, y con la otra ahuyentaba las nubes de mosquitos, que sin compasión me chupaban la sangre. ¡Qué consuelo es para uno, en esos desamparos, tener quien se conduela!

Siete horas habíamos andado con estos trabajos é incomodidades, y la noche ya nos cogió en *El Lago*, puerto del laborioso antioqueño Rubén Gasca.

Todos pensábamos que aquella noche lo sería de descanso para aliviar las fatigas del alma y del cuerpo; empero, el Señor fue servido poniendo á mayor prueba la paciencia de sus Misioneros, del modo y manera que voy á decirle.

Como la habitación del Sr. Gasca se encontraba dentro del monte y algo retirada del río, y por otra parte, estaba

asaz oscura la noche, resolvimos pernoctar en la orilla bajo unos *ranchos* inservibles. Por aquel entonces, nadie se preocupó de mejor casa, porque no se veía peligro alguno de que lloviera; y así, con toda tranquilidad, nos retirámos á descansar.

Una ó dos horas habríamos dormido, y se repitió aquello de "*Rupti sunt omnes fontes abyssi magnæ, et cataractæ cœli apertæ sunt.*" (*Génesis*). Que se rompieron las fuentes del grande abismo y se abrieron las cataratas del cielo. Y en verdad que fue un diluvial aguacero el que cayó sobre nosotros, esa noche. Mas como los *ranchos* no nos podían resguardar, pronto tuvimos el agua del cielo y la que corría por la tierra. La de ésta fue tánta que no sólo empapó las camas, sino también el hábito que llevábamos puesto. Recuerdo que con el P. Santiago disputábamos por un pedazo de abrigo que estaba seco, para hacerlo servir de almohada; empero, puso término á la disputa el mismo chubasco. Viendo que era ya imposible tornar al dulce sueño del principio, resolvimos pasar en cuclillas las últimas horas de la noche, defendiéndonos sólo con los paraguas. Llegado que fue el día, corrimos en busca de la casa para poder secar al fuego la ropa, y por ver si podíamos dormir un poco, pues habíamos quedado enfermos por los trabajos del día y los sufrimientos de la noche.

Gracias á la buena acogida que nos hizo el dicho Sr. Gasca, pudimos descansar lo suficiente y prepararnos á otros contratiempos.

En este lugar permanecimos unos tres días, en cuyo tiempo se bautizaron 17 indios güitotos. También, después de mucho trabajo, lográmos que se hiciera cristiano el Cacique de los Fayagenes, quien, por una casualidad, había venido á *El Lago* para hacer un reclamo en contra de unos indios que impedían la pesquería en unas lagunas poco distantes del Caraparaná.

Las disputas, argumentos y altercados que cruzaron con este indio, al tiempo que lo quería yo convencer para que se dejara cristianar, son muy curiosos, y no quiero que V. R. los ignore.

Por medio, pues, de mi intérprete, le pregunté si quería recibir el santo Bautismo (advirtiendo que esto ocurría después que se administró tal sacramento á varios niños güitotos, y de cuya ceremonia fue él testigo); empero, fue su respuesta un terrible y lacónico, nó. Volví á insistir en el porqué de su negativa; y la contestación fue: "Ni yo ni mi gente no nos queremos morir." Díjele, entonces, que el Bautismo

no causaba la muerte. Mas él, de una manera bastante brusca, añadió: "Ese otro Jusiñamuy (Dios) (refiriéndose indudablemente al P. Basilio, quien, pocos años antes, había estado con ellos) cuando vino lavó la cabeza á unos indios y se murieron."

Cuando mi adversario quería con esas razones evadir el santo Bautismo, con calma le repuse: que el morirse no era porque se les lavaba la cabeza (así dicen para indicar la ceremonia del Bautismo); y en prueba de ello, que se acordara cómo sus mayores yá se habían muerto á pesar de que ningún Jusiñamuy les lavara la cabeza. A estas y á otras razones me respondió con una salvaje risotada, al propio tiempo que me volteaba la espalda. No se me pase por alto que esta escena sucedía en presencia de veinte ó más güitotos, quienes, con pocas excepciones, eran de los mismos sentimientos que nuestro contendiente.

Y yo, al ver que el Cacique se me quería enojar, desistí, por un momento de la disputa, confiando en que le pasara el mal humor; y luégo, con buena cara y haciéndole algunos halagos, le dije sencillamente: ¿Quieres ver á Dios? Hice esta pregunta persuadido de que me contestaría de un modo afirmativo, y yo á la vez poder añadir, que si no se bautizaba no podría verlo. Mas la respuesta desconcertó por completo mi plan; porque sin ningún ambage dijo: "¡Eso sí que está trabajoso! ¡Muy lejos! ¡Nunca llegaré!"

Supuso, pues, el pobrecito, que para ver á Dios era necesario tomar una canoa y navegar aguas arriba. Esto comprendí que quiso decir cuando se explicaba por señas, al mismo tiempo que nos mostraba el río.

Después de lo dicho, pasó entre los dos una especie de diálogo; porque el indio para todo tenía dudas y objeciones. Díjele, pues:

—Hijo mío, á Dios se ve después que uno ha muerto.

—Yo no quiero morir.

—También tus mayores no quisieron, y no obstante se murieron.

—Después de muerto nada me importa ver ó no á Dios. (No creía en la inmortalidad del alma).

—Nosotros, hijo, no somos como los monos, loros y peces, para quienes con la muerte se acaba todo. Tenemos una cosa, dentro del cuerpo, que se llama alma, y ésta nunca muere; y si es bautizada irá al cielo cuando haya muerto el cuerpo.

—Yo me he de ir al cielo.

—Si no te dejas bautizar, no: y aunque no quieras, irás

al lugar de tormentos. (Tienen los Güitotos idea bastante clara de un lugar de premio y otro de castigo).

—No soy tan tonto, añadió, para irme á padecer á ese lugar de tormentos.

—Si no fueres bautizado te perderás del camino que lleva al cielo, y ¿entonces?...

Después de una risotada añadió:

—Aquí en estos montes que hay tántos caminos y yo que ando de noche no me pierdo; ¿y me voy á perder allá que, como me dijiste, hay sólo dos caminos?

Confieso, Padre, que ya no se me ocurrían argumentos tan materiales como los dichos, para vencer á mi adversario. Pero Dios que quería salvar esa pobre alma tan ofuscada en la materia y el error, me alumbró un medio sencillo, y al parecer contraproducentem, para persuadirle que se hiciera cristiano. Hé aquí lo que pasó:

Hasta entonces me había portado yo con mucha paciencia y dulzura; mas viendo que nada conseguía, levanté la voz, mudé de semblante y en tono amenazante le dije: Debes saber que es Dios el que nos ha mandado á estos lugares para que bautizáramos; y tú, desobedeciendo á nosotros desobedeces al mismo Dios; por lo cual está enojado. Este modo, pues, amenazante excitó la curiosidad en el Cacique, y queriendo saber lo que yo había dicho, preguntó á mi intérprete, quien le satisfizo, diciendo: "Asegura el Jusiñamuy que Dios está muy irritado contigo, porque no te dejas bautizar."—"¿Y es verdad que Dios está enojado?" —"Sí, sí, es muy cierto todo lo que dice el Jusiñamuy."

¡Quién lo creyera, Padre mío! Pues el indio con mucha humildad añadió: "Lávame la cabeza. No quiero que Dios sea mi enemigo." El gusto y placer que mi alma sintió en esos momentos no son para escribirlos. Sólo diré que el Señor nos recompensó superabundantemente todos los trabajos habidos desde que salimos de Mocoa hasta ese punto. Sigamos.

Después de dar un estrecho abrazo á mi querido Cacique, continué instruyéndolo para hacerlo más digno del sacramento regenerador.

Antes de derramar el agua sobre su cabeza, díjele que era costumbre de los hijos de Dios llevar un nombre de los que ya estaban en el cielo, para que fueran nuestros amigos y nos libraran de muchas desgracias. Convino en esto. ¿Quieres llamarte Jacinto?—Nó: tú eres bravo. (Es que conmigo pasó la disputa, le pareció que era, en verdad, bravo).— Quieres llamarte Santiago?—Sí. Y fue el nombre que le pusimos al tiempo de hacerlo cristiano.

Por una casualidad, el día de la ceremonia, llegó á ese lugar el Sr. Gregorio Calderón, uno de los más ricos del Caquetá; y fue el padrino de nuestro Santiago.

Por tan gran triunfo hicimos una pequeña fiesta, en la que tomaron parte varios blancos y algunos Güitotos. El nuevo cristiano quedó trasformado en un todo, y como debía regresarse nuevamente á su tribu, al tiempo de despedirse díjome que se iba muy contento; invitóme á que fuera á su casa, añadiendo, además, que contaría á su gente todo lo que había pasado.

Nosotros le dimos esperanzas de irlos á visitar; y cuando, después de algún tiempo, cumplimos nuestros deseos, Santiago Calderón (tál fue el apellido que recibió en el Bautismo) nos recibió con cariño, como lo diré en su lugar.

Nosotros también el 24 de Octubre, después de celebrar la santa Misa y dar las gracias al joven Gasca, por la buena acogida que nos hizo, emprendimos de nuevo el viaje. Sólo dos horas anduvimos por las aguas del Putumayo y llegámos á la desembocadura del Caraparaná.

Dejemos, por fin, el pintoresco cuanto terrible Putumayo.

¡Adiós! lugar de tántos crímenes! ¡Adiós! depósito de un sinnúmero de cadáveres. ¡Quédate guardando en tu seno las lágrimas de la viuda, los ¡ayes! del huérfano y las glorias de muchos mártires del verdadero progreso! Entretanto nosotros libres ya de los molestos é insufribles mosquitos nos sentámos á las orillas del Caraparaná á comer un frugal almuerzo que consistía en un poco de arroz y un loro, el cual en la noche anterior nos lo había preparado una india güitota.

Muy por la tarde del mismo día llegámos al punto denominado *Correntoso*, vivienda del indiecito Juan Bautista Tama. Este y otro que existen en *El Encanto* son el brazo derecho del citado Gregorio Calderón. A no haber sido por ellos, dicho señor hubiera tenido un revés de fortuna, pues al ausentarse para el Tolima, todos los indios que le pertenecían estuvieron á punto de huír; mas la táctica y buenas maneras de los dos, hicieron que desistieran.

Después de bautizar unos siete párvulos y casar á Juan Bautista, continuámos con felicidad la navegación hasta la principal Agencia de este río, muchas veces ya nombrada, que es *El Encanto*. Creo que de este punto, sito en la margen izquierda del río Caraparaná, hasta el lugar donde el Putumayo recibe el tributo de sus aguas, sólo había unas, catorce horas de navegación.

Por muchos motivos resolvímos con el P. Santiago per-

manecer algunos días en *El Encanto:* ya porque el mismo Sr. Gregorio nos había aconsejado que era muy prudente hacerlo así; pues antes de ir nosotros á las tribus bárbaras, quería anunciarles nuestra llegada para que estuviesen reunidos en sus casas, como también para advertirles el buen mañejo que debían tener para con nosotros, etc. etc.; ya también, porque siendo *El Encanto* centro de muchos blancos, y á donde acuden indios de varias tribus, podíamos ejercer nuestro ministerio sin mucho trabajo.

Dicho señor ofrecióse también á acompañarnos; pero al tiempo que íbamos á emprender tan peligrosa tarea, ocupaciones imprevistas le obligaron á quedarse.

En los 17 días de permanencia, adquirimos muchos conocimientos de los usos y costumbres de aquellos indios, diseminados en esos montes. Nos pusimos al corriente de las guerras, envenenamientos y crueldades que habían hecho y hacían con sus enemigos; como también de las matanzas, que pocos meses antes habían efectuado con los blancos. Muchos de los que narraban estas cosas se habían salvado de la muerte, y algunos hasta nos mostraron las heridas que recibieron en esas horribles guerras.

No obstante, de todo esto, nos aseguraron que á nosotros no nos pasaría desgracia alguna; que los indios no eran crueles con quien bien los trata. Todo esto nos animaba mucho, é hizo que no desistiéramos de nuestro propósito. Con todo, y á pesar de la gran confianza que teníamos en Dios y en la Santísima Virgen, pasámos días amargos y noches terribles, como lo podrá atestiguar el P. Santiago, y diré yo en los capítulos siguientes.

CAPITULO III

Tribu de los Erayes—Peste que los diezmaba á nuestra llegada—Modo de medicinarse—Facilidad de convertirse á nuestra Religión.

El día 7 de Noviembre, después de habernos puesto en las manos del Señor, salimos de *El Encanto* con el P. Santiago, nuestro intérprete Anselmo Magallanes, y el soldado Pedro María Millán. Luégo tomando camino por tierra nos dirigimos por la parte izquierda del Caraparaná con dirección á la tribu de indios Güitotos, llamados Erayes. Anduvimos unas siete horas por dentro del monte, y dimos con el pequeño río Menaje: antes de pasarlo se encuentra primero un puente de guadua, el que sin exageración alguna, tendría unos doscientos metros de largo. Muchas veces perdimos el

equilibrio; caíamos, y volvíamos á subir, pero siempre lo pasámos sin novedad: lo que prueba que no es muy alto, y sólo es indispensable para tiempo de invierno, en el cual, saliendo el río de madre, todo aquel lugar se vuelve una inmensa laguna.

Cuando hubimos salvado el Menaje, descubrimos en medio de la espesura del bosque unas siete casas de la forma y condiciones dichas en el capítulo I de esta segunda parte.

Como al momento de nuestra llegada caía sobre nosotros un diluvial aguacero, y, por otra parte, nadie sabía el momento de nuestro arribo, llegámos sin que lo advirtieran y en silencio nos dirigimos á la casa del blanco, que suele haberla casi en todas las tribus conquistadas. El dueño de la habitación no estaba en ella, sino que vino al siguiente día; pero los Güitotos que allí vivían, si no salieron á recibirnos, pues no tienen tal costumbre, se portaron caritativamente, ofreciéndonos hospitalidad y cualquier servicio que les pedíamos.

Después que hubo pasado el chubasco comprendimos que todos los indios ya estaban cerciorados de nuestra llegada, siendo el Cacique el primero que fue á darnos la bienvenida. Lo recibimos con la afabilidad y cariño que exigían las circunstancias: luégo le preguntámos por los demás de su tribu, y nos dijo que muchos se le habían muerto, y otros estaban muy enfermos. Participámos de su pena, al propio tiempo que le ofrecimos los medicamentos que para ellos nos había dado el bondadoso Sr. Gregorio Calderón; quien ya tenía conocimiento de que la peste diezmaba á sus indios conquistados.

Muy poco tiempo duró la entrevista con el Cacique, porque la noche lo obligó á retirarse, y nosotros aplazámos para el día siguiente nuestra visita á los pobres enfermos.

Llegado éste, nos encaminámos con el R. P. Santiago á uno de los chozones más próximos. Entrámos, y á pesar de ser tan claro aquel día, nos pareció estar rodeados de las más densas tinieblas. Un corto tiempo permanecimos como estatuas, sin distinguir ni ver nada; luégo vimos que aquel lóbrego lugar, aparte de otras horripilantes escenas, estaba convertido en un hospital. Aquí era un anciano que, á impulsos del dolor, se retorcía y revolcaba en su lecho de guascas (hamaca); allá estaba un niño abrasándose en fiebre perniciosa, y á quien la madre, según costumbre, echaba tánta agua fría, que muy pronto era un charco la cama del enfermo. Estas y muchísimas otras cosas formaban un cuadro desgarrador, y en su presencia no pudimos menos de permanecer mudos y consternados.

Ahora, lo que pasaba en esta casa, eso mismo, y aun peor, se repetía en las demás. Fue, pues, nuestro principal interés administrarles el santo Bautismo, porque ninguno lo tenía. Y en esta santa y consoladora tarea nos íbamos alternando con el P. Santiago, pues nos disputábamos para mandar almas al cielo, y creo no fueron pocas, porque de los niños no más pasarían de 40 los que bautizámos; y algunos de los viejos se murieron luégo de ser regenerados con este sacramento.

Omito aquí otras historias para tener tiempo de contarle el modo como estos infelices güitotos se medicinan en casi todas sus enfermedades. Adviértole, asimismo, que muchas cosas que narraré en los primeros capítulos de esta segunda parte, son comunes á las demás tribus de indios güitotos; y por lo tanto, no diré todo lo que pasó y vimos en cada tribu.

Pocos son los conocimientos que tienen de la virtud de los árboles, bejucos y otras plantas del monte; de aquí el que no hagan uso de ellos para aliviar sus dolencias; pero sí tienen mucha fe en los medicamentos que les ofrecen los comerciantes, los que, regularmente, son de botica. Empero, y aun cuando tuvieran muchas boticas á su disposición, nunca abandonarían la hidroterapia, que para ellos es el remedio *cúralo todo*. Ésta se la aplican en las fiebres, para los catarros, viruelas, dolor de muela, etc. No diré que para algunas enfermedades no venga muy bien un baño; pero la manera como éstos lo toman, en muchos de los casos, les produce la muerte.

Como generalmente colocan las hamacas cerca del fogón, si es que no están encima para calentarse mejor; luégo salen de ese calor, llueva ó no llueva, haga viento ó no, y así desnudos como están, corren á arrojarse en los riachuelos, cuyas aguas, por estar bajo de sombra y no tocarles los rayos del sol, son bastante frías. Dicho baño lo repiten cinco y más veces al día; y cuando la enfermedad los imposibilita levantarse, entonces los hijos, mujer ú otros allegados, cuidan de acarrear el agua y echársela por todo el cuerpo.

A más de la hidroterapia acostumbran otro remedio, el que lo saben aplicar todos, porque no exige su preparación mucho talento: este consiste en sacar ventosas, pero con los labios.

Creen estos infelices que á fuerza de chupar al paciente pueden librarlo de la enfermedad; y de aquí el aplicar los labios en casi todas las partes del cuerpo, y lo hacen con tánta violencia que, en verdad, dejan señales idénticas á

las que quedan cuando se levanta la copa del lugar donde hizo el vacío para sacar una ventosa. De cuando en cuando, á esas compresiones labiales añaden estrujones con las manos, que lejos de curar al enfermo le quitan media vida.

Con estas medicinas y su manera de aplicarlas ¿cómo no se han de morir, y contagiarse unos á otros?

Vamos, ahora, á tratar de otra cosa más importante y de mucho consuelo para los que están destinados á las Misiones del Caquetá, y es: la facilidad de convertir estos indios á la Religión Católica.

Esta facilidad la encuentro, ante todo, en el respeto que generalmente tienen al Misionero, en quien reconocen algo sobrehumano; y de allí no darle otro nombre sino el de Jusiñamuy (Dios). A este respecto voy á contarle lo que oímos con el P. Santiago, al Cacique de los Buchamisayes, tribu existente entre el Putumayo y el Ingaraparaná.

Con ocasión de la entrega de caucho á los Sres. Cabreras, vinieron dichos indios á *Nueva Granada*, y allí fue la primera vez que presenciámos varias de sus salvajes costumbres.

En momentos en que todos estaban reunidos, y el dicho Cacique les arengaba en voz muy alta, según es la usanza de todos ellos; nos presentámos en la casa y, por medio de un intérprete, le dijimos cómo habíamos venido de muy lejanas tierras con el fin de bautizarlo á él y á toda su gente. También le preguntámos si estaba contento con nuestra presencia, y si quería que lo acompañáramos algunos días. Su respuesta, Padre mío, fue suficiente para que se me fuera el miedo que tenía delante de ellos. Contestó, pues, á nuestro intérprete: "¿Cómo no hemos de estar contentos si estos Jusiñamuyes son nuestros propios padres?"

En otra tribu hicimos también una pregunta algo curiosa, á un indio que, al decir de los blancos, era muy cruel y había dado muerte á blancos y á indios. Díme, le dije: ¿por qué ustedes los Güitotos no se han comido á alguno de los Jusiñamuyes que han venido á visitarlos? Y él, sonriéndose, me contestó: "Al Jusiñamuy no se puede comer, porque si se le mata, todos los indios se mueren."

A más de lo dicho tengo otros argumentos para aseverar que es fácil su conversión; por ejemplo: el miedo que tienen á los demonios, y que todo lo bueno lo atribuyen á los espíritus buenos ó dioses, como ellos dicen; la creencia en un lugar de tormentos, y en otro, en donde no los hay; todo esto es materia predisponible para infundirles las verdades de Jesucristo y de su Iglesia.

Y por conclusión de este capítulo diré: que si en la actualidad, muchos de los indios se han vuelto fieras por su crueldad, es debido al mal trato que les han dado algunos comerciantes. El mencionado Sr. Gregorio, hombre de mucho conocimiento de las costumbres de estos indios, me dijo en presencia de algunos caballeros colombianos y peruanos: "Padre, hasta ahora no he sabido que un güitoto haya dado muerte y se haya comido á alguno de los blancos, si primero no han recibido injuria de éstos." Item más:

La oposición que tuvo el P. Basilio, y el odio que algunas tribus tienen al santo Bautismo, es debido á las diabólicas ideas que les infundieron varios comerciantes.

Reglamentando, pues, ese elemento pernicioso; y poniendo el Gobierno la mira en la desgracia y miseria de aquellos póbres indios; y más que todo, que se trate de sostener las Misiones, apoyándolas y dándoles buenas autoridades, que son el brazo derecho del sacerdote en esos lugares; ya no tendrá el viajero, cuando penetre en estas selvas, aquel miedo pánico de quien es acechado por una partida de indios que, en todas partes le ponen celadas, y el rato menos pensado recibe una lluvia de flechas; ya no verá feroz y airado el rostro de su hermano; ya, en su casa, podrá dormir sin sobresalto y sin centinela que le guarde; sus ojos no verán cráneos, muelas ni otros trofeos humanos pendientes de las puertas y sobre las agudas picas de *chonta;* no se repetirán las horribles matanzas de blancos, de indios, de los hijos con los padres; ni el mismo salvaje convocará con su *maguaré* (tambor) á las demás tribus para festejar sus victorias, bailando al rededor de la víctima, y luégo sentarse á la luz del fuego para devorar su carne y así completar el eterno odio que tienen á su adversario.

CAPITULO IV

Tribu Fayajena—Alarmante curiosidad de la Cacica y crueldad del Cacique—Horas de terrible angustia y sobresalto—Carta geográfica de los indios pintada en un cuero de danta.

Con los Erayes estuvimos cuatro días, y, á decir verdad, no la pasámos mal, ni nos vimos en la precisión de poner centinelas para dormir.

El 12 de Noviembre salimos en busca de otra tribu que nos dijeron estaba no muy lejos de la primera, y así fue; porque sólo anduvimos unas cinco horas para encontrar á los Fayajenes, cuyas casas, aunque algo diseminadas, presentan al viajero el aspecto de un pequeño pueblo.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] examen [illegible] María [illegible] manos en mis bol[illegible] de la camisa, pasa[illegible] brazos. Todo, en [illegible], y de todo se reía haciendo coro [illegible] mi conflicto era el no [illegible] comprendía, sí, [illegible] pero no alcanzaba á [illegible] mal. No obstante, siempre tuve [illegible] la María no satisfecha con lo yá hecho, [illegible] donde yo estaba sentado y comenzó á [illegible] el báltaro, siendo que tenía ropa interior, se [illegible] á de [illegible] las pruebas de los calzoncillos y descu[illegible] las pantorrillas. En estos compromisos recuerdo que me azoté muchísimo, y sólo le permití lo que se podía. Como

mis pantorrillas estaban algo rollizas, la india, enseñándolas á los demás, les decía en güitoto: "*Mare, mare*"; sabroso, bueno, como quien dice: está en sazón para comérnoslo. Luégo, otro tanto hizo con la cara.

Ahora bien: lo que pasaba conmigo, otro tanto hacían con el P. Santiago, quien se había impresionado como yo; pero á todo nos expusimos á fin de tenerlos contentos y ganarlos para Dios.

Hemos visto ya hasta dónde llegó la curiosidad de la Cacica de los Fayajenes; ahora voy á contarle una acción cruel del Cacique con su anciano padre.

Advierto que no lo vi, sino que me apoyo en la veracidad del Sr. Gregorio Calderón y de otros muchos que me aseguraron el hecho.

Diñamuy, pues, tenía á su padre ya muy anciano; éste en mucho se apartaba del odio que los demás tenían á los blancos, llegando su afecto hasta trabar relaciones de amistad con algunos de ellos. Los comerciantes á su vez, para atraerse al indio, hacíanle varios regalos, y también le prometieron que lo apoyarían en las guerras contra sus enemigos.

Por vía de gratitud ordenó á Diñamuy que todos los días moliera un poco de coca y el polvo lo llevara á dichos blancos. (La coca entre los güitotos es muy apreciada, y su polvo es uno de los mejores regalos de los que hacen á quien tienen afecto). Esta orden se cumplió durante muchos días; pero luégo la pereza y la repetición hicieron aburrir al indio, y para librarse de ese pequeño trabajo dijo en sus adentros: "Basta matar á mi papá y no tendré quien me haga moler coca para esos blancos." Así le inspiró el Diablo, y lo tuvo como la cosa más fácil del mundo. Levantóse, pues, el indio, y cogiendo á su padre por los cabellos hizo casi girar la cabeza sobre el tronco, y en un momento lo tuvo desnucado. Añade también la historia que el parricida tomó del suelo al agonizante padre y fue á acabarlo de matar en el monte. Yo, por mi parte, me inclino á creer todo esto; porque es tal la brutalidad de Diñamuy, que cuando se le pregunta si es verdad que mató á su padre, contesta riéndose: "Sí lo maté, pero porque me molestaba haciéndome moler coca para unos blancos."

Este hecho y otros muchos que nos contaron, prueba Padre mío, cómo el hombre sin la fe es más cruel é inhumano que las alimañas.

Mil veces, pues, bendito sea Dios, que nos ha hecho nacer en una religión que es todo amor y respeto para con nuestros padres, y que nos amenaza con maldición cuando

faltamos á ese deber. "*Maledictus qui non honorat patrem et matrem suam.*" (Deut). Sigamos.

Después de encontrar á nuestra llegada desnudas calaveras de algunos muertos; después que los indios hicieron con nosotros lo que más les pareció, y teniendo en cuenta la brutalidad de nuestro Cacique, confieso, Padre mío, que cuando hubo llegado la noche, tuve bastante miedo, y me pareció llegado el momento de ver, en realidad, cosas que los novelistas cuentan sólo para poner terror á quien las lee. Fue causa de que aumentara mi temor cuando comprendí que el P. Santiago estaba en las mismas circunstancias; y llegó á decirme que debíamos velar aquella noche. De mi parte, no por valiente, sino porque estaba muy rendido, determiné entregarme al sueño, muy confiado, sí, de que Dios y la Santísima Vírgen cuidaría de nosotros. Empero el temor fundado y la mente que ya se había exaltado, fue motivo para que no pudiera dormir, tanto más cuanto que iban apareciendo á nuestros ojos escenas y cuadros horribles al propio tiempo que enigmáticos.

Por ahí á las siete de la noche vimos que un indio salió al medio de aquel chozón y puso al pie de un palo un plato que contenía extracto de tabaco bien cocido. Luégo iban acercándose los viejos y los jóvenes, mas no las mujeres, y formaron un círculo al rededor del plato. Esta reunión la precedía el Cacique, quien comenzó por arengar en voz tan alta que fácilmente se la hubiera podido oír de unas dos cuadras de distancia. El solo hablaría por el espacio de un cuarto de hora; luégo tomaron la palabra otros y otros, hasta que se formó un desconcierto tan infernal, capaz de sacar corriendo á quien no fuera de espíritu más sereno y no estuviera al tanto de esas bárbaras costumbres. Ignoro completamente el tema de esa acalorada conversación; lo único que entendía era cuando en medio de aquellos gritos, pronunciaban también la palabra Jusiñamuy (Dios), que era el nombre que nos daban á nosotros.

Duraría esta escena, por lo menos, una hora, y luégo cada cual abandonó su puesto para ir á mecerse en las hamacas, las cuales tenían colgadas muy cerca de los fogones. Estos parecían unas verdaderas hogueras, y los mantuvieron en ese estado hasta muy entrada la noche. Pero llegó un momento en que, casi por encanto, quedaron apagadas. Entonces cruzaban por mi mente horribles suposiciones; redoblaba mis plegarias hacia Dios, y quería me dieran explicación del ruido más insignificante que oía. Quizá eran las doce de la noche, cuando en aquel lóbrego calabozo

empezó á dejarse oír un canto tan triste y melancólico, que así como nos causaba espanto, dábanos también mucha pena, porque en mi vida no he oído un canto tan conmovedor como aquél.

Preguntamos al intérprete el significado de aquello, y díjonos que, sin duda, alguno de los muchos que estaban enfermos moría á esas horas, pues ese canto era como un ¡adiós! que acostumbraban dar los indios en esos críticos momentos. Y así era; porque nosotros, vencidos por la curiosidad, encendimos una esperma y nos dirigimos hacia el lugar donde estas cosas sucedían, y vimos que se retorcía en su hamaca un pobre indio, y otro, cerca á la cabecera y en cuclillas, le cantaba, al propio tiempo que con las manos y la boca estrujaba el cuerpo del paciente, por ver si así podía quitarle la enfermedad. Con todos estos cuadros ¿quién hubiera podido dormir en aquella noche? Pero aún no he contado todo.

Al tiempo que nos retirámos del enfermo, me vino la curiosidad de saber en dónde era que los enterraban, y la respuesta fue señalarme en la misma casa y hasta en el mismo lugar donde tenía mi hamaca, las sepulturas muy recientes de los que habían muerto dos ó tres días antes de llegar nosotros. La que estaba junto á mi cama era tan reciente, que uno de los indios por la mañana se acercó y con los pies apisonaba la tierra, porque habían dejado á medio enterrar el cadáver.

Repito, pues, que bajo todo aspecto, esa noche fue una de las más terribles para nosotros. Las dos siguientes ya no fueron tan miedosas como la primera, porque en llegando el día hacíamos todo cuanto se podía para ganarles la voluntad, y conseguir que nuestra presencia no les fuera molesta. Con estos indios, pues, estuvimos tres días y tres noches. Bautizámos á unos ochenta niños y varios adultos que estaban enfermos de gravedad.

Terminaré este capítulo contándole un hallazgo que hizo el P. Santiago en esta tribu Fayajena.

En uno de los postes de la casa y en la parte superior, estaba colgado un objeto de figura redonda; pero que, á primera vista, no llamaba la atención; pues sólo veíamos un pedazo de cuero, y nada más. En cierta ocasión los dos nos pusimos á observarlo, y luégo nos vino duda de que algo pudiera significar aquello. Preguntámos á uno de los indios ¿por qué tenían allí ese cuero? "Es de danta," nos dijo; y dándonos la espalda se fue riendo. Pero á nosotros ya nos entró más la curiosidad, y rogámos que lo bajaran para po-

derlo ver detenidamente. Y, en verdad, que nos sorprendió cuando al tenerlo en las manos, observámos que en un lado había muchos grabados y líneas en todas direcciones, pero con alguna simetría. Por de pronto supusimos que pudiera ser algún ídolo; mas uno de los indios, muy inteligente y que poseía bastante el castellano, nos dijo que allí estaba dibujado el mundo con sus mares y ríos; y que muchos de los ancianos, en ese cuero, daban lecciones á los jóvenes de cómo estaba formada la tierra; que había mares y luégo otras tierras habitadas de seres vivientes, etc. etc.

Todo esto comprueba que alguien, en remotos tiempos, estuvo con ellos, y para darles idea de cómo era el globo, se valió de esas figuras; y luégo esos conocimientos se fueron trasmitiendo de generación en generación.

CAPITULO V

Tribu de los Merecienes—Uso del tabaco.

Si mucho se alarmaron los Fayajenes á nuestra llegada, no fue menor la apatía é indiferencia que manifestaron al tiempo de nuestra separación; y pudiera asegurar que tuvieron gusto de que nos fuéramos pronto. Este comportamiento, aunque sea de salvajes, siempre hería nuestro corazón, porque la ingratitud, venga de donde viniere, hace mella en la persona benefactora.

De esta tribu á la de los Merecienes sólo empleámos unas siete horas. Sus habitantes no pasarán de unas doscientas cincuenta almas, y no hay sino dos casas. Recuerdo que el Cacique se llamaba Charocoto, pero no tengo presente el nombre de la Cacica. Bautizámos como á unos ochenta niños y algunos adultos que estaban enfermos de gravedad. Tuvimos noticia que varios de los indios é indias habían huído al bosque para ver si allí se curaban (que es lo que acostumbran hacer cuando no lo consiguen en la casa). Suplicámos á Charocoto que los hiciera traer para darles algún remedio; pero no compareció ninguno. Entre estos Merecienes, advertimos que las mujeres tenían rubor de presentarse desnudas ante nosotros, lo que nos sirvió de buen argumento para contradecir á muchos caucheros, quienes dijeron que la causa de no vestir á las indias é indios, no era la corrupción, ni mucho menos la mezquindad de los patrones, sino que aborrecían el vestido, y cuando se les daba, ó lo rompían ó lo botaban.

Y la manera como nos notificámos de lo dicho, es la siguiente: llegada la hora de bautizar á los niños, se presentaron cinco ó seis indias vestidas (con cuzma) y con sus hijos de pechos; supusimos, pues, que no tuvieran más párvulos; pero un momento después de terminada la ceremonia, vinieron otras en igual número; y al repetirse esto por tercera vez, pregunté cuál era el motivo de no comparecer á la vez todos los niños á la hora señalada. Y con grandísima pena supe que entre todas las mujeres sólo había seis que tenían sus cuzmitas, y como buenas hermanas se las prestaban á las que debían presentarse con sus hijos ante el Misionero, entretanto que las demás se quedaban en casa completamente desnudas.

Yá que hemos tocado este punto, y para prevenir á otros Misioneros, cuando el Señor los lleve á esos lugares, diré: Que es uno de los mayores sacrificios que tiene para ofrecer á Dios el hallarse en medio de tánta gente desnuda, pues de las mujeres, en muchas de las tribus, el tres por ciento llevan una cuzma ó un vestido de zaraza; las demás, tal como vinieron al mundo. Y si es verdad que muchas de ellas se pintan en las piernas, etc. etc.... fuera preferible que no lo hicieran. Los indios están en las mismas condiciones; y, los más, se tapan con un pedazo de liencillo que sólo tiene de ancho á lo sumo dos pulgadas, y de largo, lo indispensable. También es cierto que varios de los dos sexos van vestidos, y si se quiere, hasta con lujo; pero éstos son contados, y de aquellos cuya amistad les interesa á los comerciantes.

Tratemos, ahora, del importante banquete güitoto, ó sea de lo que acostumbran simplemente llamar "Tabaco."

Su preparación es de lo más sencillo: la asistencia es de sólo adultos y ancianos, con absoluta exclusión de niños y mujeres; sus efectos: alarmantes y horribles; y su tiempo: todas las noches infaliblemente.

Para lo primero no tienen que hacer grandes gastos ni es cosa que les quita mucho tiempo, porque basta poner en una olla un poco de tabaco mezclado con algo de ceniza, y luégo sometiéndolo á la acción del fuego lo reducen al estado de pura nicotina. Esta sustancia la colocan en un plato, el que ponen en el centro de la casa, visible á todos. A una señal dada, *viva voce*, y algunas veces con el *maguaré* (tambor), van reuniéndose al rededor del plato, como dije, sólo los viejos y los adultos. Las mujeres y los niños, si no participan del tabaco comiéndolo, participan de todo lo que allí se trata; porque nadie habla en voz baja, sino á gritos.

Por supuesto estas reuniones siempre son presididas por el Cacique, siendo el primero que empieza á meter los dedos en el plato (no usan cuchara) y lamer aquella tan fuerte sustancia. Pronto se ve los efectos del tabaco, porque llegan á acalorarse de tal manera, que uno al presenciar esos actos, se persuade que están completamente ebrios y como poseídos del Diablo.

Allí tratan de todo lo ocurrido en el día; de los planes que conviene ejecutar para conseguir sus malos ó buenos fines. También renuevan los juramentos de vengarse y comerse á sus enemigos.

Nosotros, á pesar de estar acostumbrados á presenciar esas horribles escenas, siempre teníamos miedo, y esperábamos funestos resultados cada vez que nos encontrábamos en ellas. Estas reuniones nunca las hacen de día, sino que aguardan la noche, y las hay infaliblemente todas las noches. Hay también ocasiones en que, para resolver secretos planes, anuncian á las demás tribus una reunión general; y entonces, además del *tabaco*, se preparan con bastante polvo de coca, para dárselo á los extraños, en señal de amistad.

Por lo regular, en esas disputas, altercados y solución de sus problemas, gastan unas dos horas, y aun hay ocasiones en que prolongan el tiempo hasta cinco y seis horas; pero una vez que han terminado, reina el más profundo silencio, porque cada cual se va á dormir.

CAPITULO VI

Tribu de los Fayajenes (segundos)—Juego de la pelota y veneración que le profesan.

El jueves, 16 de Noviembre de 1905, dejámos á la tribu de los Merecienes, y emprendimos nuevo viaje á pie y siempre bajo el tupido follaje de inmensos árboles seculares. En estos caminos los indios sólo prestan al Misionero el servicio de llevar la ropa, y cualquiera otra cosa pequeña; pero dado el caso de que llegare á enfermar ó imposibilitarse para proseguir la marcha, no hacen como los indios del valle de Sibundoy, que fácilmente se lo ponen sobre sus espaldas y lo sacan de cualquier apuro.

Habíamos, pues, andado unas siete horas, y dimos con la tribu de los Fayajenes, distinta de la mencionada en el Capítulo III de esta segunda parte. Grande fue el júbilo que experimentámos á nuestra llegada y en los días que permanecimos con estos indios, puesto que el Cacique de ellos era

nuestro amigo Santiago, cuya historia queda narrada yá en el Capítulo II. Palpablemente vimos los efectos que el santo Bautismo produjo en el alma de este indio: ¡cuán diferente de cuando lo tratámos la primera vez en *El Lago!* En su semblante, como en sus palabras, se conocía el gusto que le causó nuestra llegada. Decíanos que había estado muy intranquilo porque no íbamos pronto á visitarlo; que hacía barrer la casa todos los días pensando que llegaríamos muy pronto. Asimismo nos mostró la medallita que le habíamos dado al tiempo de separarnos, en la primera entrevista; y añadió que tenía lista toda su gente para que les laváramos la cabeza; y nos importunaba por la hora de empezar la sagrada ceremonia. Llegada ésta, Santiago desempeñó el papel del más activo sacristán. Daba vueltas y corría por todas partes ordenando y poniendo en el lugar correspondiente á los niños y niñas, cosa que en otras tribus nos era tan difícil que apenas puede suponerse. Si algunos lloraban, inmediatamente los hacía callar, como también hacíales señas para que abrieran la boca y tragaran la sal, etc. etc.

La amistad de este Cacique nos fue muy útil y necesaria; pues nos descubría y explicaba muchísimas cosas que otros esquivaban, ó huían por no comunicarnos.

En cierta ocasión, por ejemplo, quisimos que repitieran en nuestra presencia algunas de las muchas diabólicas ceremonias que acostumbran practicar al rededor de la víctima humana, antes de matarla y comérsela.

Santiago y algunos indios más nos complacieron; y al efecto, empuñando las horribles macanas de *chonta*, comenzaron á dar saltos; unas veces para adelante y otras para atrás; luégo, blandiéndolas por el aire, cantaban y hacían tántos visajes y movimientos con rostro enfurecido, que muy pronto se me quitó la curiosidad de ver esas cosas; pues parecía ser preparativos para devorar á los presentes, y no el remedo de lo que habían efectuado, no una, sino quizá muchas veces. Así, pues, hicimos suspender aquello, y les rogámos que jugaran á la pelota, á lo que accedieron de la manera siguiente:

A una señal dada en el *maguaré* (tambor que tiene la propiedad de hacerse oír á cinco, seis y hasta siete leguas de distancia), toda la gente se puso en activo movimiento, disponiéndose para esa fiesta, que es casi sagrada entre ellos. Calló el *maguaré* y empezaron á salir de todas las casas con dirección á uno de los patios más grandes, los viejos de ambos sexos, los jóvenes y toda la gente menuda, privándose de esta fiesta únicamente los imposibilitados. Las indias, con

sus pequeñuelos se sentaron al rededor del patio, haciendo el oficio de espectadoras. Los indios, hasta los que apenas podían tenerse en pie por su avanzada edad, se colocaron sin orden ni concierto alguno, en el lugar de la palestra. Practicados así los preparativos, descolgaron del techo de una casa la pelota; y ahora viene lo bonito: estando todos los indios como unas estatuas y con los ojos mirando al cielo, uno de ellos arroja al aire la pelota, y como están muy apiñados, necesariamente tiene que topar con alguno; y éste, sin moverse de su puesto, la espera con la rodilla, que hace las veces de baqueta, y vuelve á arrojarla, y otra vez á recibirla, con tánta destreza y habilidad que parece ser un imán la rodilla del indio.

Ahora, si la pelota se desvía algún tanto, entonces la toma otro por su cuenta, y se repite la misma escena del primero, y así sucesivamente. En estas actitudes y movimientos pasan horas enteras, y tan embebidos, que se olvidan de todo. Mas las indias, si no toman parte directa, en cambio son aplaudidoras de quien mejor lo hace. Y ¡ay! del que deje caer al suelo la pelota, porque entonces se hace objeto de las zumbas y chufletas de todos los indios é indias, tratándolo de inútil y cobarde, y el pobre á quien le suceda tal desgracia, queda corrido y avergonzado, llegando á manifestar su rubor con una cara triste y cubriéndosela con las manos.

Cuando han jugado hasta cansarse, y hasta llegar á sudar á chorros, cesa la fiesta y cogen otra vez la pelota (corazón de Dios, como lo llaman), y la guardan en el lugar que dije; retirándose todos á hacer los comentarios de quién lo hizo mejor y quién peor.

Ahora, antes de tratar de la veneración que tienen á esta pelota, no será por demás decir el modo como la construyen; es muy sencillo. Primeramente cogen un pedazo de yesca y lo arredondean hasta darle el tamaño de una bola pequeña; ésta la cubren con una capa de caucho, luégo con otra de yesca, y así sucesivamente hasta que queda del tamaño de una naranja.

Grandísima es la reverencia que los Güitotos tienen á la pelota. No creo sea exageración si afirmo que así como nosotros veneramos las reliquias de los santos, así ellos veneran su pelota. Movido de la curiosidad, pregunté á uno de los indios más inteligentes: ¿por qué tan rara devoción á tan insignificante objeto? Y se explicó del modo siguiente:

"Mis mayores, dijo, me contaron que en tiempos muy remotos habían llegado á donde ellos vivían, unos blancos

muy buenos; éstos tenían unas estampas con la imagen de la Santísima Virgen; y el Niño que llevaba en sus brazos, sostenía con las manos una cosa redonda. Pero sin saber cómo, se ha ido conservando la tradición de que aquella bola, en manos del Niño Dios, era su mismo corazón. Y de aquí que tocar la pelota es como tocar el corazón de Dios." Así fue como se expresó el indio. Según lo dicho y por otras cosas que vimos, es de suponer que hay entre ellos vagas reminiscencias de los primeros Misioneros, quienes les explicarían el significado de la bola en manos del Niño Jesús; empero, los pobres se olvidaron de la verdad y se quedaron con un error.

Lo cierto es que nadie coge la pelota, fuera del tiempo que está en el juego, y sólo el Cacique la guarda en el techo de su casa, descolgándola él mismo para el momento de la diversión.

CAPITULO VII

Tribu de los Merecienes (segundos)—El famoso tambor maguaré—Baile de los Güitotos—Sus cantos.

Era yá el 19 de Noviembre y, después de dar las debidas gracias á nuestro querido Santiago por lo bien que se manejó con nosotros, tomámos el camino que conducía á la tribu de los Merecienes, á donde llegámos con felicidad después de haber caminado casi un día entero.

Estos indios son diferentes de los de que traté en el Capítulo v. Todos viven en una sola casa, habiendo otra para el blanco que los manejaba, que era un tal Abelardo Calderón, sobrino de D. Gregorio Calderón. Aquí permanecimos nueve días. Bautizámos unos cuarenta y seis niños.

En este lugar nos mostraron un palo, el que me causó horror, porque en él colgaron á una infeliz india, la que estuvo suspendida un día y una noche; y en los postreros momentos de su vida, ultrajaron su cuerpo de una manera tan deshonesta que me horripila sólo el recordarlo. Luégo cortaron el lazo, y rodó el cadáver por el palo como si fuera una piedra. Crimen fue éste de unos caucheros, quienes si no han recibido el merecido castigo de Dios, muy pronto lo tendrán.

Aquí, por motivo de habérsenos concluído todos los víveres, sufrímos terribles consecuencias de hambre, y hubo ocasiones en que hasta las dos de la tarde no habíamos encontrado qué llevar á la boca, consolándonos con haber

mandado indios á la caza; pero éstos, muchas veces, después de haberse hecho esperar con delirio, llegaban sin nada y aun más necesitados que nosotros. ¡Bendito sea Dios que nos dio su santa gracia para sufrirlo todo por su amor!

Voy, ahora, á divertir á V. R. contándole de los bailes y cantares güitotos; pero antes hablaré de la famosa música con que suelen amenizar dichos entretenimientos, ó sea del tambor *maguaré.*

La descripción más sencilla de este instrumento es la siguiente: supóngase un trozo de madera que tenga dos metros y medio de largo, con unos cuarenta centímetros de diámetro; que sea todo él ahuecado, menos en los dos extremos; que en cada uno de éstos tenga una trompa á semejanza de las que hay en las arpas de nuestra tierra; y luégo se le hace una abertura de unos dos centímetros de ancho, comunicándose con las dos trompas; esto y nada más es el tal *maguaré.*

Ahora, la importancia que los indios dan á este tambor, y el cuidado que ponen para construírlo, son raros. Las ceremonias comienzan desde el día que cortan el palo, que no es cualquiera, sino el que nosotros conocemos con el nombre de cauchillo. Desde la casa se reúnen todos los indios y van bailando por dentro del monte hasta que encuentran dicho palo: sin interrumpir el baile lo cortan y sacan el trozo necesario, y luégo se lo cargan con la misma alegría que cuando salieron de la casa. Aquí se concluyen las danzas, y luégo dan el voto, para ver á quién le toca en suerte la obra de la construcción. No se me pase por alto que los votantes pueden ser todos; mas quienes tienen voz pasiva son únicamente los magnatès del pueblo.

Pues bien: el comisionado para la obra tiene leyes muy rígidas, y las observa con mucha escrupulosidad todo el tiempo que dure la obra; tales como la de un ayuno riguroso, la separación de su mujer, y el no poder cruzar una sola palabra con los demás. Y aseguran que usando de estas precauciones sale muy sonoro y á contentamiento de todos.

Ahora, si tratamos de averiguar la causa de oírse á grandísima distancia, esta ha sido para mí una cosa inexplicable. Cuando, antes de ser testigo del hecho, me decían que se oía á seis y siete leguas de distancia, me suponía que el sonido fuera tan fuerte que no se le pudiera soportar de cerca; pero ¡cosa rara! en las muchas veces que lo oí, y por las no pocas que lo toqué yo mismo, puedo asegurar que es más mortificante y más agudo el que produce uno de nuestros bombos. Asimismo soy testigo de haber oído el *maguaré* á distancia

de unas tres leguas, y con tánta claridad, que si hubiera caminado una legua más también lo hubiera oído.

El oficio de este *maguaré* es el mismo de la corneta para un ejército; porque los Güitotos para todo tienen sus toques diferentes: hay toques para reunión de Caciques; los hay para convocar á los brujos; los tienen para hacer sus asaltos á los blancos; para comer carne humana; y más que todo, hacen uso de él para los combates.

Siempre son dos los *maguarés* que hay en cada tribu; uno más grande que otro. Los tienen arrimados, el un extremo descansando en el suelo y el otro sobre unos atravesaños. Las baquetas son unos palos susceptibles de poderse manejar con una sola mano, y tienen en la punta una porra de caucho. Regularmente tocan los dos á la vez: con la derecha el grande y con la izquierda el pequeño.

Explicado así el instrumento musical güitoto, tratemos yá de sus bailes y cantos.

Como el carácter güitoto es sumamente festivo y jovial, resulta que el baile es casi una necesidad en sus fiestas. No olvidemos también que el entusiasmo habido para el baile, lo tienen, y quizá con más ventajas, para el canto. En estas dos artes ponen especialísimo cuidado las madres para enseñar á sus hijos, pues apenas comienzan á dar pasos y á balbucir una que otra palabra, yá les dan lecciones del uno y del otro.

Ahora bien: no teniendo fiestas religiosas, los indios hacen sus bailes cuando tienen de comer y beber con alguna abundancia, lo cual sucede ordinariamente unas cuatro ó cinco veces al año, época en que dan sus frutos las palmeras de *cananguchо*, *mil pesos*, *chontaduro* y otras. Fuera de estos tiempos señalados por la naturaleza, tienen otros bailes que pudiéramos llamar de familia y especiales, como el que precede al estreno de una casa, ó en la muerte de su Cacique, etc.

En los bailes generales, á los cuales acuden muchas tribus representadas cada cual por su Cacique, hay como una especie de desafío sobre quién lo hace mejor. Y como nadie quiere ser vencido en esta clase de combates, resulta que los bailes llegan á ser objeto de admiración para el espectador.

Una particularidad existe también en los bailes güitotos, y es: que rarísimas veces los hacen cogidos hombres con mujeres, sino separadamente, pero tan unidos con los de su propio sexo, que parece una verdadera sarta de monos.

Allá va una pequeña idea de una danza güitota:

Rompen la fiesta, ante todo, los dos tambores *maguarés*. El más anciano de los indios se pone de pie, y tenemos yá el primer anillo de la inmensa cadena que vamos á formar. Un segundo se le acerca por las espaldas y coloca las manos en los hombros del primero. Al segundo se une un tercero, al tercero un cuarto, y así sucesivamente hasta el último niño que apenas puede andar. Hecha esta primera sarta y colocada en un lado del interior de la casa, se forma otra de mujeres, y del mismo modo que la de los hombres. Mas si el lugar no es suficiente para hacer un solo cordón con la gente menuda, los colocan, entonces, al medio y quedan bajo la vigilancia de sus padres, quienes les corrigen cuando se equivocan en alguna parte de la danza.

Así dispuestos, y al són de los tambores, comienzan á dar pasos, unas veces para adelante y otras hacia atrás; y de cuando en cuando quedan, como por encanto, inmóviles; pero todo lo ejecutan con un compás y unidad tál, que más parecen ser meras máquinas que seres vivientes. Desde que se empieza el baile comienza asimismo el canto; y éste, lejos de ser mortificante, es agradable al oído; porque entre los hombres y entre las mujeres hay voces primas y segundas, y tan bien acordadas, que resulta una armonía increíble.

Con la letra y el tono del canto se llama la atención para dar los pasos y demás movimientos, resultando de aquí una uniformidad admirable durante todo el baile.

Después que han danzado lo suficiente dentro de la casa, salen fuera, y sin romper la cadena van siguiendo al rededor de ella; repitiéndose muchas veces esas entradas y salidas hasta que se cansan, y luégo se entregan á comer y beber.

En las grandes concurrencias donde asisten diversidad de tribus, tienen la costumbre, además de la ordinaria, que es: dibujar en todo el cuerpo figuras los más horribles, como culebras, caimanes, tigres, sapos, etc. etc.; la de exhibir cada cual sus armas, habiendo tenido primero el cuidado de afilarlas y limpiarlas con mucho esmero.

Ahí tiene, Padre, en pocas palabras una idea de los bailes güitotos, pudiendo añadir al respecto, que el número de danzas se saca por la diversidad de cantos; y éstos, en verdad, no son pocos. Si se trata, verbigracia, de dar sepultura á un brujo, necesariamente habrá las tres ceremonias: toque del *maguaré*, canto y baile. Está en peligro de muerte uno de los Caciques, y las tres cosas, aunque diferentes en la ejecución, no faltarán. ¿Y quién podrá soportar los cantos infernales que anuncian el fin funesto de una víctima humana? Yo me horripilo sólo al recordar lo que de tales escenas me conta-

ron testigos oculares. De los cantares por motivo de dolor, sí puedo testificar, porque los oímos muchas veces y representaban tan á lo vivo la pena que tenían por haber perdido alguno de sus seres queridos, que el P. Santiago y yo nos hacíamos mucha violencia para no derramar lágrimas junto con los indios.

CAPITULO VIII

Tribu de los Jidúas—Agradecimiento y respeto que estos indios manifiestan al Misionero—Increíbles costumbres que suelen practicar en los nacimientos de sus hijos—Infeliz suerte de los huérfanos.

Estos Jidúas sólo distan de los Merecienes una hora.

Yo, por tener mucha novedad en mi salud, no tuve el placer de irlos á visitar; en cambio, varios de ellos, junto con su Cacique Júcucuchema, vinieron á verme. El P. Santiago y unos dos caucheros que le servían de intérpretes fueron á dicha tribu, y me contaron que al Padre lo recibieron con verdaderas demostraciones de cariño; obsequiándole, además, los frutos de sus palmeras y muchas piñas.

El Padre regresó contentísimo, pues su ida fue muy oportuna para algunos enfermos que habían estado casi agonizando. Parece que Dios, en su infinita misericordia, sólo les prolongaba la vida hasta que pudieran recibir el santo Bautismo; y luégo que se les administró, entregaron su alma al Creador. ¿Cómo, pues, no alegrarse por triunfos tan inesperados de la divina gracia?

Tratemos, ahora, de las increíbles costumbres que estos indios y los de muchas otras tribus güitotas suelen practicar en los nacimientos de sus hijos. He dicho increíbles, porque si yo no me hubiera encontrado con ellas, si no hubiera tenido el testimonio de muchos testigos oculares, de seguro que habría dudado. Pero el hecho y la realidad es como sigue:

La vida que llevan las indias en poco se diferencia de la de las bestias, y á semejanza de éstas, no se preocupan ni se eximen de los trabajos ordinarios en los días que preceden al alumbramiento. Cantan, bailan y se despreocupan como si tal cosa no fuera á suceder. El que más piensa en ese asunto es el marido, porque á él le toca soportar las cargas de una rigurosa dieta. Pues la india cuando yá *natus est homo*, y ha practicado los indispensables oficios de la obstetricia, entrega el fruto de sus entrañas á su marido. Este lo toma á su cuidado, y haciendo las veces de madre se acuesta con la criatura en su hamaca, y pasa en ese lecho ocho

días guardando la dieta que pudiera tener la dama más delicada. Pero antes de desempeñar estos oficios, primero se viste de luto, quiero decir, que se pinta de negro, quedando como un africano.

Pregunté con mucho interés si esto mismo observaban aquellos indios que estaban tan atareados en los trabajos de los caucheros y que tenían que entregar el caucho bajo pena de una buena azotaina, y hasta de la misma muerte; y me aseguraron que en ese tiempo suspendían toda labor, y no hacían caso ni al látigo ni á ninguna otra pena. Sigamos.

En dichos ocho días la india asume los oficios del marido: va á la chacra, carga la yuca, recoge la leña, etc. Mas el indio una vez que ha cumplido su dieta, se levanta de la hamaca, dirígese al río y con un buen baño se quita la negra untura, quedando otra vez con la ropa de Adán.

Después de todo esto toman al niño y, hasta la edad de uno ó dos años, le acomodan un vestido tan singular que, á primera vista, uno duda si es ó no sér humano. Todo el cuerpo le cubren con la leche de un palo, que, en verdad es muy pegajosa, y respetando sólo la cara del niño, riegan sobre la capa de leche la lana de un árbol que es muy semejante á la del balso. Vestidos así los indiecitos y encaramados en las desnudas espaldas de sus madres, ó enredándose en las piernas, parecen, en realidad, unos monitos. Con todo y teniendo sólo aquel vestido salvaje, estos indios son felices; porque estando bajo la sombra de sus padres no se verán privados de los otros medios que aun las mismas fieras proporcionan á sus hijos para que no perezcan.

Mas, entre estas gentes, ¡cuán triste es la vida del huérfano! ¡Que si el cielo le arrebató sus padres en tiempo de no poder por sí mismo ganarse la vida, no haya duda que morirá por falta de socorro humano! Lo que comprueba una vez más que el hombre privado de la fe, desconoce los vínculos más sagrados que le unen á sus semejantes.

Estos indios, al tratarse de consumar un crimen ó conseguir algún siniestro fin, se unen y se apoyan mutuamente hasta llenar sus deseos; pero en materia de conmiseración, y cuando se trata de hacer un pequeño sacrificio por un desgraciado, en esto, se asemejan muchísimo á las mismas alimañas con quienes viven. Y en prueba de lo que digo, ahí tenemos el horrendo crimen, repetido muchas veces, de matar á los muy viejos, á los que tienen enfermedades repugnantes y, con más frecuencia, á los niños huérfanos; y enterrarlos en la espesura del bosque, ó simplemente arrojarlos al agua, dando por razón, que sufren y hacen sufrir á los demás.

Pero refiriéndome ahora sólo á los huérfanos, diré: que aun los de su misma tribu y, quizá, allegados, se muestran crueles y les niegan todo auxilio para su existencia.

Entre los caucheros es cosa muy sabida, que si alguno necesita un indio para que le sirva, basta ir á las casas de ellos y averiguar al Cacique si tiene niños ó niñas huérfanas, y están seguros que se los dará todos. Al respecto se me viene á la memoria la contestación que obtuve de un blanco al manifestarle que quería yo sacar unos dos indios para que me acompañaran en mis viajes. "Padre, me dijo: es lo más fácil conseguirlos. Ahora que va á las tribus, pregunte por todos los niños que no tienen padres y se los darán."

Con la siguiente historia acaecida en una de las tribus que visitámos, se persuadirá mejor de la inhumanidad de estos indios con los huérfanos.

Eran dos hermanitos, y cuando más necesidad tenían de la sombra de sus padres, los perdieron. El varoncito sólo tenía tres años, y la hermanita no pasaba de dos. El primero, acosado por el hambre y para no ver morir á su hermana, del mejor modo que podía y sus débiles fuerzas se lo permitían, la cargaba en sus espaldas, y tomando un machete, única herencia de sus padres, internábase en el bosque, cortaba raíces de árboles, y con ellas alimentaba á la hermanita, no sin primero haber comido él también. Los demás indios, muy serenos y duros de corazón, conocían la necesidad de los dos, pero ninguno les daba siquiera un pedazo de casabe (pan de yuca brava) ú otra cosa que ellos suelen tener.

Pasaron algunos días, y como era natural, se iban agotando las fuerzas del pobre indiecito; pero seguía haciendo esfuerzos supremos para buscar el pan cuotidiano de su hermana.

Sin embargo, llegó un momento en que yá cansado de una vida tan penosa y viendo que su trabajo no era suficiente para la existencia de los dos, resolvió enterrar viva á su hermana; para lo cual escarbó un poco la tierra, y con algunas ramas y unos pocos palos la cubrió, sin volverse á acordar más de ella. Mas Dios que cuida aun de los seres irracionales, no se olvidó de esa infeliz, sino que la libró de la muerte de un modo muy singular, como ahora se va á ver:

No muy lejos de donde esto sucedió, vivía un comerciante del Tolima, quien tenía mucha necesidad de algunos indios para el servicio de la casa. Este, no ignorando la dicha costumbre de no hacer caso de los huérfanos, se dirigió á la tribu más próxima y solicitó del Cacique que le diera

unos dos indios. El Cacique, no poniendo obstáculo alguno á lo que se le pedía, dio al blanco el indio en referencia; y éste, sin ninguna repugnancia, abandonó á sus conocidos y se fue tranquilo por donde su amo le conducía. A poco de haber andado ocurriósele al comerciante preguntarle si él solo había quedado huérfano, ó si tenía más hermanos. La respuesta del indio fue: tuve una hermana, pero se murió y ya la enterré. Sin duda que el ángel guardián de la indiecita inspiró al blanco para exigirle que mostrara el lugar de la sepultura. Fueron, pues, á donde estaba enterrada, y presenciaron el cuadro más triste que puede suponerse, pues la pobre niña, en las agonías de la muerte, había hecho esfuerzos supremos, y retirando las ramas que la cubrían pudo salir; y la encontraron llorando en el borde de la sepultura, volviendo, de cuando en cuando, la cara hacia una parte y otra, en ademán de pedir auxilio.

El comerciante, á quien Dios le habrá recompensado esa caridad, la tomó en sus brazos, y llevándola á su casa la hizo criar.

CAPITULO IX

Manera como se casan los Güitotos—Miedo que les causan los *brujos* y modo de sepultarlos.

Buenísima es la costumbre que generalmente existe entre estos salvajes al tratarse de sus casorios, pues nunca se enlazan con familias cercanas, ni siquiera con gente de su misma tribu. Es asimismo rara, entre ellos, la poligamia, y en todas las tribus que visitámos sólo dimos con tres ó cuatro casos de esta naturaleza. Puedo, por lo tanto, aseverar que son más circunspectos en este sentido los indios que carecen de la fe, que los blancos que viven con ellos, pues salvas rarísimas excepciones, éstos no se contentan ni con dos indias, sino que tienen hasta tres y cuatro.

Ahora bien: como los indios carecen de los conocimientos cristianos sobre la dignidad de la mujer y la indisolubilidad del matrimonio, tratan lo uno y lo otro de una manera salvaje, y sólo se dejan llevar de inclinaciones puramente materiales y rastreras. Depende, pues, el amor á sus mujeres y la duración del enlace, de la sucesión; faltando ésta, se concluyen todas las obligaciones con la compañera, y buscan otra sin acordarse yá más de la primera.

Mas los trámites que acompañan y preceden á los casorios de indios que no son Caciques, son lances que encierran algún chiste, como lo vamos á ver.

Muelen, pues, un poco de hoja de coca, y llevando este polvo en un pequeño talego, se dirigen á la tribu de donde quieren sacar mujer; y sin ningún preámbulo, ni siquiera con el lacónico saludo acostumbrado, entran á una de las casas y cuelgan dicho talego en un poste, que suele haber en medio de todas ellas, y donde se verifica el *Tabaco*, del que yá se trató en el Capítulo v. Asimismo, sin decir una sola palabra se retira; pero con el presente yá manifestó á los indios el fin de la visita.

En llegada la noche se reúnen éstos al rededor del palo, y tomando la palabra el Cacique, trata sobre la conveniencia de dar ó no mujer al postulante. Los ancianos y los padres que tienen muchachas casaderas, desempeñan allí papel muy importante. Tratada en el primer debate la oportunidad del casorio, viene el segundo, sobre quién se resuelve á dar su hija. Y aquel que acepta la propuesta, se levanta del lugar que ocupa y desata el mencionado talego, con cuya acción empeña su palabra y la de su hija, aunque ésta no haya tenido ningún conocimiento de todo lo ocurrido.

Si en todos estos trámites ocurre algún desacuerdo ó cosa parecida, el Cacique fácilmente pone la paz, y se hace obedecer si no de grado, por fuerza.

Entretanto que pasan estas cosas, nuestro pretendiente estará quizá, en terribles angustias, pensando en una compañera que aún no conoce, ó en unas *calabazas* muy amargas.

Pasados unos ocho días, vuelve para cerciorarse del buen ó mal resultado de sus aventuras. Se asoma á la puerta de la casa, clava sus ojos en el palo donde dejó el talego de coca; si ve que yá no está allí, salta de júbilo; puesto que encontró lo que deseaba; pero si aún lo encuentra colgado, con pena ó quizá con rabia, por el desprecio que le han hecho, se acerca, baja su presente y va á probar fortuna en otras tribus.

En el primer caso, se queda á servir por algún tiempo al padre de la novia; y cumplido este requisito, se despide y da las gracias á los padres, hermanos y demás parientes de su mujer, y la lleva á su propia tribu, en donde forma un baile para divertirse por tan feliz adquisición.

Ahora dejemos que se diviertan los nuevos esposos, y tratemos de la peor gente entre los Güitotos, que son los *brujos*.

Esta mala ralea, que desgraciadamente abunda no sólo entre los Güitotos, sino también entre los indios del alto Putumayo, y entre los *Coreguajes* y *Macaguajes* del Caquetá, son temidos de todos. Y apoyándome en lo que he observado, como también en lo mucho que me han contado, no me

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

cabe duda que varios de ellos mantienen explícito pacto con el Diablo. Pero refiriéndome únicamente á los *brujos güitotos*, digo que hacen una carrera especial á fin de obtener el título de tales. Para eso, abandonan sus casas, padres y hermanos, y lejos de los suyos, se ponen á las órdenes de los más famosos en el arte. Transcurrido algún tiempo, regresan otra vez á su tribu, en donde ejercen tan diabólico oficio.

Regularmente son los más ociosos y los que menos se preocupan de hacer sementeras; pudiendo decir que viven del trabajo y sudor de los demás; pues, en teniendo necesidad de algo, lo piden á los otros, y éstos, por el miedo de que al negárselo, les causen la muerte ó alguna enfermedad, les dan lo que les piden.

Asimismo hácenles creer que lo adivinan todo; que tienen dominio sobre los elementos; y sobre todo, que pueden vengarse de sus enemigos causándoles desgracias. De aquí el que los demás les teman, al propio tiempo que les manifiestan mucho amor; pero en verdad, éste sólo es aparente. Y digo que es aparente, porque en muriéndose un *brujo* hacen baile en señal de alegría, al verse yá libres de tan mal compañero.

El miedo á esta gente sigue todavía hasta más allá de la muerte. Todos los indios reunidos se esmeran en hacer una fosa muy honda (lo que no sucede en los entierros de los que no son brujos); metido allí el cadáver, y para que no se salga (como ellos dicen) lo apisonan cuanto más pueden. Practicado esto, sigue el baile, que en verdad, como dije, no es en señal de pena, sino de contento.

CAPITULO X

Regreso hacia *El Encanto*—Un peligroso contratiempo en el río Carapará-ná—Fiesta de la Inmaculada Concepción.

¡Loado sea el Señor que tan misericordioso se mostró con sus Misioneros, todo el tiempo que permanecimos con estos infelices Güitotos!

Obra del Señor y de la Divina Pastora, excelsa Patrona de nuestras misiones, fue el que nuestro corazón se hubiera mantenido con gran fortaleza en medio de tántos peligros de muerte. Cuanto más nos rodeaban las adversidades, más palpablemente sentíamos la mano protectora de Dios. Y ahora le digo para consuelo de nuestros futuros cooperadores en la viña del Señor, que si siendo yo tan indigno Ministro suyo, recibía grandes consuelos, mayores los tendrán aquellos que son dignos hijos del Serafín de Asís.

Ilesos, con salud y alegres de haber hecho el bien á esos pobres salvajes, salímos de sus guaridas y nos encaminámos para *El Encanto*, á disponer el viaje hacia el río Caquetá.

El 1.º de Diciembre, después de haber dado las gracias á nuestro buen amigo Gregorio Calderón, tomámos la canoa y seguímos aguas arriba del Caraparaná hasta la pequeña vivienda del negrito Ildefonso González, cuyo lugar es conocido con el nombre de *El Dorado*.

Las gentes de esta casa nos trataron con mucho respeto, y no fueron indiferentes á los actos religiosos que allí celebrámos. Casualmente, también se encontraba la Sra. Dolores Quintero, hermana del Sr. Rogerio María Becerra, y así ella como su hija Carmen, con la mayor voluntad lavaron y aplancharon toda la ropa destinada al culto, que en verdad, había mucha necesidad de ello.

Habiendo bautizado algunos Güitotos y confesado varios blancos, salímos el 3 del mismo para el punto llamado *San Antonio*, casa de Bernardo Carvajal. Por no haber trabajo en este lugar, resolvímos continuar la marcha al siguiente día; mas un inesperado contratiempo nos obligó á desandar una pequeña jornada, y nos vimos precisados á pasar otro día allí. Lo que nos aconteció en aquella ocasión, sucede con frecuencia; y no queremos que otros sigan nuestro ejemplo. Hé aquí lo ocurrido.

Nuestros caseros dijeron que el río daba muchas vueltas en aquel lugar; y un trayecto en que por agua se gastaban cinco horas, podíamos hacerlo en media hora por tierra. En este supuesto, con las instrucciones del caso, ordenámos á nuestros bogas que se adelantaran con todo el equipaje, y nosotros debíamos salir unas dos horas después, luégo de bautizar á cuatro niños, hijos de blancos. Sucedió que los bogas, equivocando el punto de la cita, pasaron de largo, ocasionando este error grande angustia, tanto á ellos como á nosotros.

Ocho horas mortales pasámos en la orilla del río, haciendo mil conjeturas sobre la causa de no comparecer: ya pensábamos que éramos nosotros los que habíamos equivocado el camino; ya nos venía el sobresalto de que tal vez la canoa había naufragado, y otras cosas por el estilo; mas, entretanto que la mente se perturbaba, en el cuerpo éramos víctimas de las hormigas, que allí eran tántas y tan mortificantes que no podíamos estar un instante en un solo lugar.

Con estas intranquilidades estuvimos hasta las cuatro de la tarde, hora en que comenzámos á oír á lo lejos el ruido que produce el canalete en manos de quien lo maneja.

Pero aún no estábamos contentos, por la incertidumbre de si sería ó no nuestra canoa. Y esa incertidumbre, poco tiempo después, se convirtió en una triste verdad, porque no era esa embarcación la nuéstra, sino la de unos comerciantes que bajaban del Tolima. Estos nos dieron cuenta de que nuestros bogas habían pasado de largo; pero que pronto estarían de regreso. Sucedió así; y á las cinco de la tarde bajaron muy preocupados con el percance. Ahora bien: esto que nos pasó á nosotros se repite con frecuencia; y lo mejor y más acertado es no separarse de los bogas, por halagüeños que sean los atajos en esos lugares.

Al siguiente día salímos otra vez de *San Antonio* y con no pocas dificultades llegámos á *La Argelia*, donde el Sr. Hipólito Pérez tiene una regular casa, provista de mercancías.

Aquí, por la bondad de nuestros caseros, pudimos celebrar con alguna solemnidad la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Con las mejores telas que había en el almacén de dicho señor, arreglámos el altar para la celebración de la Misa. Durante ella hubo música, puesto que repitió un fonógrafo bonitas piezas peruanas, y no escaseaban los cohetes y muchas descargas de carabina. Hasta en la mesa se notó que era día de fiesta y regocijo: no faltó ni la sabrosa carne de *charapa* (tortuga), ni aquello que alegra el corazón del hombre. Todo lo cual fue debido á la bondad de aquellas gentes; y por cierto que la Santísima Virgen les pagará de un modo ó de otro, aquellas demostraciones que hicieron en honor suyo.

CAPITULO XI

Combate naval—Nochebuena en *La Reserva*—La mejor ofrenda que se hizo al Divino Infante.

El 19 de Diciembre salímos de *La Argelia* con dirección á *Filadelfia*, sita en la orilla izquierda del Caraparaná y á unas once leguas aguas arriba. Nuestros bogas güitotos en aquel día nos hicieron pasar un mal rato, pues por una simpleza, y hasta perdiéndonos el respeto, se pusieron á pelear dentro de la canoa, con peligro de que ésta se volteara.

Fue en verdad una niñería lo que motivó la dicha pendencia, y lo peor es que entre ellos, por cosas tan pequeñas no sólo se dan de puñetazos y se rajan las cabezas, sino que también se matan unos á otros.

Ahora verá el susto que nos dieron: A las pocas horas de andar, los indios se pusieron muy alegres y su buen humor lo iban manifestando con los cantos y chistes que se dirigían unos á otros. Pero muy pronto las gracias casi se convirtieron en desgracias; porque á uno de ellos se le cayó dentro de la canoa la correa que le servía de ceñidor, y otro, sin malicia alguna y sin darse cuenta, se la pisó con los pies, que los tenía sucios de barro. Y sin más que esto, cogió la correa el que se consideró agraviado é hizo llover latigazos sobre las desnudas espaldas de su adversario. Este viéndose así ultrajado, á su vez tomó el canalete y empezó á dar brutales golpes en las piernas y brazos del otro. De esta manera se acaloró tánto el combate que por poco la pagamos todos los pasajeros con un triste naufragio; porque entusiasmados como estaban, se olvidaban de que eran bogas, y para no caerse al agua se cogían de los bordes de la canoa, resultando un vaivén peligrosísimo.

De mi parte, quise ponerlos en paz; empero la ignorancia del dialecto y el que ellos no entendieran nada de nuestra lengua, fue causa de que no lo hubiera conseguido más pronto. Vino por fin la calma; reinó en todos el silencio, y hubo la novedad de haber quedado los combatientes asaz contusos.

Comúnmente y como en esta ocasión, así por niñerías se suscitan entre ellos las pendencias; y lo peor es que la mayor parte de ellas son causa no sólo de puñetazos, sino de roturas de cabezas y de muertes.

De *Filadelfia* aún tuvimos que andar unas doce horas más para llegar al puerto de *La Reserva*, lugar que habíamos elegido para celebrar la fiesta del Niño Dios.

Con el fin, pues, de dar alguna solemnidad al misterio de la Encarnación, convinimos con los Sres. David Serrano y Cornelio Fosa, dueños de aquel lugar, que hicieran llamar á todos sus indios. Esto, aunque no se hizo con una estrella como sucedió á los Reyes Magos, ni por el Angel de los Pastores, sí á la voz del Misionero. Comparecieron más de cuarenta; y, á decir verdad, no fueron tan inhumanos como los betlemitas que negaron albergue al Niño Jesús.

Con estos infelices el R. P. Santiago desplegaba su caridad explicándoles, ya con símiles, ya con imágenes de la Santísima Virgen y del Niño Dios, el misterio que íbamos á conmemorar.

Los comerciantes también, de aquellas cercanías, no fueron sordos á nuestro llamamiento; reuniéronse como unos dieciocho, y todos, movidos de espíritu cristiano, se presta-

ban á tomar parte en todo aquello que podía contribuír para dar más esplendor á la fiesta.

Con algo de música y atronadoras salvas de escopetas se anunció la hora conmemorativa. El que narra estas cosas celebró el santo sacrificio de la Misa, y, durante ella, el P. Santiago repitió los tradicionales villancicos de nuestra Orden, siendo acompañado de un acordeón y de una guitarra.

Los indiecitos que por primera vez veían al sacerdote celebrar el incruento sacrificio, estaban que no cabían de contento. Pero, sin duda, debió de ser mayor el que tenía el Divino Infante, viéndose rodeado de aquellas errantes ovejas, y que muchas de ellas yá estaban dentro de su redil, pues pocas horas antes de comenzar la misa, más de diez parvulitos recibieron el santo Bautismo. Y estoy persuadido, Padre, que el Niño Jesús no rechazó, en esa ocasión, la ofrenda que le hicimos de esas almas, así como no fueron despreciados los presentes materiales de los Reyes Magos.

Como los indios habían venido sólo para la fiesta, terminada ésta estuvieron otra vez de regreso para el bosque. Nunca me olvidaré de la exigencia que, al tiempo de despedirse, nos hicieron para que fuéramos á sus casas. Y nosotros con bastante pena les dimos la negativa; no por falta de voluntad, que nos sobraba, sino porque las circunstancias así lo requerían. ¡Dios Nuestro Señor, que sabe allanar todas las dificultades, será servido que no uno, sino muchos Misioneros penetren esas selvas, y cortando las malezas de los vicios y de la ignoramcia, siembren la buena semilla del Evangelio.

CAPITULO XII

Unos días en *Puerto Colombia*—Servicio de vapores entre el Caraparaná é Iquitos—Entrevista de los Generales Monroy y Velasco.

Después de haber pasado la Nochebuena con nuestros amados güitotos, salímos de *La Reserva* con dirección á la Agencia del Sr. Antonio Ordóñez, sita en la margen izquierda del Caraparaná, y cuyo lugar es conocido con el nombre de *La Unión*. En este punto, que no dista del primero sino unas cinco horas, por tierra, y unas ocho, por agua, vimos los lugares en donde se verificaron algunos asesinatos, como también se nos enseñó el punto donde atentaron contra la vida de nuestro Padre Basilio.

Testigos oculares de aquellas horribles escenas nos contaron cómo la mayor parte de los que derramaron sangre

humana, tuvieron muertes desastrosas; porque se cumplió con ellos la pena del talión.

Siguiendo siempre aguas arriba, unas catorce leguas más, se halla otra Agencia del Sr. Gregorio Calderón, llamada *La Florida;* y prosiguiendo una hora de camino, estuvimos en *Puerto Colombia*, vivienda de nuestros buenos amigos Braulio Cuéllar y Agueda Enríquez, su esposa.

Aquí tomámos descanso con el P. Santiago, unos seis días; y nuestros caseros nos atendieron como si hubiéramos sido miembros de su familia.

Entre las buenas cualidades que posee Braulio, una es (y mucho me llamó la atención) la que aprovechándose del cariño que le tienen multitud de salvajes, les enseña los rudimentos de nuestra santa Religión, y evita, cuanto está de su parte, el que se maten entre ellos. Por lo que debemos esperar que Braulio, con el tiempo, pueda ser un grande apoyo de nuestra Misión en aquellos lugares.

El 29 de Diciembre tuvimos conocimiento de que llegaba á *La Florida* el Intendente del Alto Caquetá, Sr. Benigno Velasco; por cuyo motivo y para cumplir con el respeto debido á la autoridad, bajámos con el P. Santiago á darle la bienvenida. Nos proporcionó el Sr. Velasco ratos muy agradables, contándonos la entrevista que con V. R. y el P. Estanislao, había tenido en Bogotá; asegurándonos, además, que á nuestro regreso yá tendríamos á V. R., si no en Mocoa, por lo menos en Pasto. ¡Cuánto gusto nos causó esto!

Concluída la visita al Intendente, como también á los demás señores que formaban el tren de empleados, y habiéndoles ofrecido nuestros servicios, regresámos á la posada; pero antes habíamos convenido en celebrar el Añonuevo con toda la pompa que nos permitía el lugar y circunstancias.

En efecto, en aquellas selvas donde todo es imponente y majestuoso, donde se oye repercutir el rugido del tigre y el silbido de la serpiente; oyéronse también salvas de artillería, saludando la aurora del año de 1906. A esto siguió también, como es de suponer, la celebración de la Santa Misa, y luégo un solemne Te Deum, en acción de gracias por los beneficios recibidos, al propio tiempo que suplicámos al Señor nos los concediera en el año que empezábamos.

Esta fue la última fiesta que hicimos en el Caraparaná; y fue como preparación para los nuevos trabajos que nos esperaban en los cinco días de travesía que empleámos hasta encontrar el río Caquetá. Mas, antes de emprender el viaje, sigamos con lo que anuncié atrás.

Fabulosa parece (pero es verdad) la riqueza que se saca de las entrañas de estos bosques; como también es cierto que la mayor parte, por no decir toda, se va al Perú.

El continuo servicio de lanchas y vapores que mantienen en los ríos Putumayo, Caraparaná é Ingaraparaná, los Sres. Aranas, no es con otro fin sino para proporcionar víveres y ropa á todos los colombianos existentes en dichos ríos, y luégo regresarlos cargados de siringa (goma elástica), cuyo valor, casi fijo, en Iquitos, es de $ 100 plata la arroba.

Ahora bien: cada indio tiene la obligación de entregar mensualmente tres arrobas; demos que, por mucho que hayan disminuído los trabajadores, sean sólo unos 10,000; tenemos 30,000 arrobas cada mes.

Toda esta riqueza, que está calculada lo más bajo posible, la pierde Colombia. Y no echemos sólo la culpa á los colombianos peruanizados, toda vez que los gobernantes, ora sea por descuido, ora por las dificultades que se hayan presentado, no han puesto de una manera eficaz, vigilancia en esos lugares.

Por no ser cosas de mi incumbencia no me detengo más en este asunto; y ahora paso á desmentir falsas noticias que circularon referentes á la entrevista de los Generales Monroy y Velasco.

Ante todo es muy falso que hubiera desacuerdo de alguna trascendencia entre los dos.

Aprovechando la subida del vapor *Cosmopolita* para *La Florida*, vino desde *El Encanto* el General Monroy. Uno de los motivos que lo trajo, según me dijo él mismo, fue el lamentable estado de su gente; y creía que el General Velasco llevara algún socorro para ellos; pero la desgracia ocurrida en el río Caquetá, de haberse volteado las balsas y perdido lo que llevaban, hizo que fuera inútil su venida, y regresó inmediatamente en el mismo vapor.

También es falso que en el *Cosmopolita* hubieran venido representantes de la Nación peruana, y que las autoridades de Colombia representarán papel ridículo.

Asimismo es muy opuesta á la verdad la noticia que circuló por Pasto y otros lugares, de que hubiera habido algún choque entre las fuerzas colombianas y peruanas, con bajas de la primera. Lo que hubo y presenciámos nosotros fue la entereza de carácter que mostró el General Monroy, no permitiendo que desembarcara en *El Encanto*, una lancha peruana, sin que primero reconociera estar en aguas colombianas, para lo cual se le obligó á que izara la bandera del país.

CAPITULO XIII

Cinco días de travesía del Caraparaná al Caquetá—Dificultades y peligros.

No creo sea por demás que antes de abandonar el Caraparaná y tomar el penoso camino de la montaña, manifestar á V. R. un deseo, del que, realizándose, vendría mucha gloria al Señor y bien á las gentes de estas incultas regiones.

Es, pues, mi deseo que se funde á orillas de este río una casa de misión; y para ello podemos contar con las siguientes ventajas:

1.ª La totalidad de indios güitotos, que, sin duda alguna, son los más numerosos de todo el Caquetá, se encuentran en medio de los dos ríos Caraparaná é Ingaraparaná ó Igaraparaná, como lo llaman otros; y los misioneros residentes en el primero, con mucha facilidad podrían atender á los indios que habitan las márgenes del segundo, porque dicha localidad presta grandes comodidades, ya sea por tierra, ya sea por agua;

2.ª Habiendo frecuente servicio de vapores entre estos ríos y el Perú y el Brasil, es asimismo fácil la comunicación con dichas naciones, y se puede con prontitud conseguir los artículos necesarios para la vida; y

3.ª Que es un lugar bastante sano, por no haber la terrible plaga de los mosquitos y zancudos, insectos que vuelven inhabitable gran parte del Putumayo y Caquetá.

¡Ojalá que el Padre de las Misericordias viendo la infelicidad de estos indios y la ignorancia que tienen de nuestra Santa Religión, sea servido que de un modo ó de otro se realice mi deseo!

Expuesto así mi pensamiento, voy ahora á contarle los sucesos ocurridos en el viaje que hicimos por la montaña hasta dar con el río Caquetá.

Verdad que con el P. Santiago, una vez que nos separámos de nuestros compañeros de Expedición, habíamos hecho un firme propósito de regresar á Mocoa por el río Caquetá; empero, cuando estuvimos en el puerto de *La Florida*, y topámos con no pocas dificultades, ora faltos de peones para que llevaran nuestros bultos, ora sin encontrar una persona de confianza que nos sirviera de guía en tan dilatado viaje, desconocido para nosotros, y otros obstáculos más, confieso que algo flaqueó nuestra primera resolución, y no era para menos. Sin embargo, el solo pensar que podíamos hacer mucho bien á los indios de aquellas montañas y

los blancos que habitan el Caquetá, nos hizo arrostrar todas las contradicciones, y, con el auxilio del cielo, llenámos nuestro deseo.

Como fueron tántas las peripecias de este viaje, y todas dignas de contarse, para que no sean ignoradas de los demás Misioneros, quiero tratarlas de un modo general en este capítulo, y con más distinción en los siguientes.

La vía, pues, ordinaria que suele tomarse para salvar la distancia que hay del Caraparaná al Caquetá, es la trocha que comienza en *La Florida* y termina en Puerto Pizarro. Dicha travesía calculo que podrá tener en línea recta unas 35 leguas; pero, hoy por hoy, los buenos andadores emplean cuatro días, caminando cada día, por lo menos, unas once horas. Nosotros, andando, á veces como desesperados, gastámos cinco días, sin contar las demoras para visitar las tribus indígenas.

Antes de comenzar esta difícil travesía conviene, ante todo, estar bien advertido y seguro de dos cosas principalmente: la una es que en el Caraparaná se debe hacer acopio de víveres y medicamentos para un mes, que es lo que, ordinariamente, se gasta hasta llegar á *Tresesquinas*, en donde se puede conseguir algo de lo uno y de lo otro; y la segunda, que se debe estar bien cierto de que se encontrará embarcación una vez que se llegue á Puerto Pizarro. Y en esto último no debe ser uno cándido en creer á los comerciantes que bajan por el Caquetá, porque sucede con frecuencia que las canoas dejadas en dicho río, ó son arrastradas por las avenidas del mismo, ó se inutilizan, todo por falta de una persona que cuide de ellas.

Quien no toma estas precauciones, experimentará indecible trabajos y, hasta la misma muerte, que no es rara en estos lugares, sino muy frecuente, y la mayor de las veces por no preocuparse de lo dicho.

En verdad, nadie puede formarse una idea cabal de lo que son estos lugares, sino quien los ha recorrido. El desamparo hasta *Tresesquinas* no puede ser mayor; y aunque es cierto que en la montaña se encuentran algunas tribus de indios; esto muchas veces sólo sirve para acrecentar más los temores y exponerse á que le roben lo poco ó mucho que pudo coseguir para el viaje. Todo esto y otras cosas más iremos viendo en los siguientes capítulos.

CAPITULO XIV

Llegada á la tribu de los Yauyanes—Cacique Ifé—Una historia muy curiosa sobre los *brujos*—Su oposición á que bautizáramos á los indios.

El 2 de Enero de 1906 dejámos el Caraparaná é hicimos la primera jornada á la tribu de los indios Yauyanes. Desde este primer día yá comenzámos á experimentar contratiempos, pues algunos de nuestros cargueros güitotos se huyeron al tiempo de emprender la marcha; y por este motivo tuve que dejar en *La Florida* á nuestro compañero Pedro María Millán, para que guardara la pequeña carga, entretanto que le mandábamos peones luégo de llegar á la referida tribu.

Los Yauyanes viven en cuatro grandes casas, edificadas de tál manera que dejan en el centro una bonita plazuela; lo cual no se observa en las otras tribus güitotas que visitámos.

El Cacique de estos indios se llama Ifé; es muy querido de los blancos y les sabe corresponder, cualidad no ordinaria entre esta gente. Del afecto que tiene á los blancos y de su natural viveza, le proviene un loco deseo de que alguno de sus hijos aprenda á leer y escribir; mas como los habidos en la primera mujer se le murieron siendo aún pequeños, ha cometido el desacierto de casarse con tres más, viviendo todavía la primera; y esto sólo por ver si así puede mandar un hijo, como él dice, al Tolima.

Ifé, no obstante de ser raro en esto y en otras cosas, es un indio de dotes especiales para el gobierno; y los caciques de otras tribus suelen aconsejarse de él para los negocios de alguna importancia; y su parecer casi siempre es acatado por los demás, si no por la estimación que le profesan, sí por el temor de disgustarlo, pues cuando Ifé se propone, sabe hacerse obedecer.

La energía de este indio quedará comprobada con la siguiente historia de unos *brujos* que se opusieron á que bautizáramos los niños de la tribu en referencia, y por cuya oposición Ifé los castigó de una manera bestial. El hecho fue como sigue:

Serían las cinco y media de la tarde, hora convenida con el Cacique para administrar el Bautismo; y luégo de haber dispuesto lo necesario para las sagradas ceremonias, me dirigí á la plazoleta que formaban las cuatro casas. Allí empecé á llamar á todos los indios é indias para que salieran con sus niños; pero no pasó como yo lo esperaba, pues sin embar-

go de estar llenas de gente las casas, nadie quiso salir, á no ser unos viejos mal encarados que se asomaron á las puertas, y de cuya actitud, maneras y modo de hablar, conjeturé el odio que nos tenían. Pregunté á mi intérprete lo que decían aquellos salvajes, y pronto fui enterado de cómo eran los *brujos* de esa tribu, y que se oponían á que las madres sacaran sus hijos, poniendo al mismo tiempo mucho miedo y asegurando que si dejaban lavar la cabeza (bautizar) á los niños, se morirían irremediablemente. Una mentira tál en esa gente ignorante, y la influencia, por otra parte, que tienen los *brujos* en todas esas tribus, fueron motivos poderosísimos para ser nosotros desobedecidos.

Viéndonos así despreciados, mandé llamar á nuestro amigo Ifé, y al momento le expuse lo ocurrido, pues sabía yo muy bien que no opinaba como los *brujos*, porque á los pocos momentos de nuestra llegada, él mismo, sin ninguna insinuación nuestra, nos presentó dos indiecitos, hijos suyos, para que los cristianáramos. ¡Cosa rara, Padre mio! Según le íbamos contando lo que ocurría, y las amenazas de los brujos, Ifé iba mudando el semblante; los ojos le bailaban en sus órbitas, y pronto se puso furioso como una fiera. A esto siguió el coger un látigo, y, como fuera de sí, entraba y salía con la velocidad del rayo, de una casa á otra, y flagelaba á cuantos encontraba. Los *brujos*, viendo en tal actitud á Ifé, trataron de huir para evitar el azote; pero saltó hacia ellos como una fiera, y estando, como estaban, completamente desnudos, recibieron una lluvia de latigazos que quedaron [illegible] y temblando de miedo. Todo esto fue obra de pocos minutos, y á poco estuvieron en la plazuela las indias con todos los niños de pechos para que los bautizáramos.

Cuando [illegible] ceremonia los *brujos* se alejaron de los demás y se [illegible] á [illegible]. El P. Santiago y yo estábamos [illegible] por momentos en la novedad, [illegible] peor de la [illegible] pasó [illegible] á gusto, y pudimos [illegible] más de [illegible].

Ahora [illegible] menos curiosa que la anterior.

A [illegible] se le acercó á Ifé [illegible] por [illegible] sino [illegible] á [illegible] que [illegible] dos [illegible].

[illegible] Cacique [illegible] hacer [illegible] dos [illegible] y, por [illegible] se

mantuvieron como mudos. Ifé al ver que no le hacían caso, comenzó otra vez á ponerse colérico como lo había hecho antes; pero yá no se encontró con la sumisión de entonces, sino que los dichos *brujos* se pusieron muy altivos, y con no menor cólera respondían á las preguntas de su adversario. En estos momentos terciámos con el P. Santiago y unos dos intérpretes más; y oímos algunas valentonadas en contra del poder de Dios y del sacerdote, tales como las siguientes: ¿Acaso vosotros, les decía Ifé, tenéis mayor conocimiento y poder que estos Jusiñamuyes (dioses) (señalándonos á nosotros), que dicen cómo el Bautismo no mata, sino que lleva al cielo? Y los viejos, unánimes, dijeron: "Sí, sí; podemos y sabemos más que éstos." En seguida tomó la palabra uno de nuestros intérpretes, y les repuso que ellos eran unos ignorantes y debían obedecer la voz del sacerdote, por ser enviado de Dios. Entonces los *brujos*, sin querer confesar su inferioridad, añadieron: "Estos Jusiñamuyes no pueden lo que nosotros podemos: nosotros, cuando nos da la gana, hacemos llover; hacemos caer fuego del cielo, y si queremos que caigan rayos, los rayos caerán en esta misma hora."

Para mí, que veía el acaloramiento de los contendientes, y que por otra parte, no podía seguir el hilo de la cosa, por ignorar el dialecto, era ese cuadro bastante enigmático, no menos que interesante. Para satisfacer, pues, mi curiosidad, hice interrumpir la disputa y pregunté ligeramente al intérprete lo que pasaba: me lo dijo, y al punto ordené que mandara á los *brujos* realizar lo de los rayos, fuego y demás. Confieso, Padre, que en ese momento me dispuse para ver alguna cosa admirable; pero los viejos se contentaron con decir á nuestro intermediario que yo no tenía ningún derecho para mandarlos, y que harían esas cosas cuando les diera la gana.

Después de esto, tomó otra vez la palabra Ifé, y los *brujos* no querían ceder en nada.

Viendo nosotros que se aumentaba el alboroto, y las pasiones se iban encendiendo más y más, resolvimos apartarnos, ya para dar á nuestro cuerpo el indispensable reposo, pues eran casi las diez de la noche, ya también para evitar cualquier falta de respeto hacia nosotros.

Al día siguiente preguntámos en qué había terminado la asamblea; y parece que unos y otros se cansaron de hablar, y luégo siguieron nuestro ejemplo, de irse á dormir.

CAPITULO XV

Tribu de Nonuyas—Su generosidad—El Cacique Jusicaina—Manera de indicarnos que era cristiano—Algunas nociones que encontrámos entre estos indios de nuestra santa Religión.

Con los Yauyanes sólo estuvimos unos dos días, cuyo Cacique dejó en nosotros gratos recuerdos: pues aparte de lo que se ha dicho de él, añadiré que también nos facilitó los peones para poder continuar la marcha; porque en *La Florida* sólo pudimos conseguirlos para que nos acompañaran un día, no más, de camino.

La segunda jornada se hizo á la tribu de los Nonuyas, después de haber andado unas diez horas desde la anterior. Estos indios, que sólo tienen tres casas, á nuestra llegada hicieron demostraciones de verdadera alegría, y nos recibieron como quien recibe á un amigo. Todo lo cual comprendí era efecto de las insinuaciones y consejos de un buen blanco que, por entonces, los gobernaba. El caso es que apenas habíamos llegado, cuando unos venían con racimos de plátanos; otros, con uvas silvestres; éstos nos regalaban cazabe (pan de yuca brava), y aquéllos ponían en nuestras manos unas exquisitas y sabrosas piñas.

A toda esta generosidad y buen humor de los Nonuyas se agregó el singular é inesperado saludo del Cacique Jusicaina, quien no se presentó con el lacónico ceremonial del "¿Vite?" (¿veniste?), y á cuya palabra el saludado contesta: "Víteque" (vine), sino que hizo consistir su saludo en dar á entender que sabía persignarse; y repetía delante de nosotros, no una, sino muchas veces, la señal de la cruz; cosa por cierto que nos llamó la atención, tanto más cuanto que no lo hacía tan mal.

Pero Jusicaina no tan sólo sabía la señal del cristiano, sino que recitaba además la mitad del Padrenuestro, y le oíamos con mucho gusto, pues era el primer indio de toda esa gente que sabía dichas cosas.

Los demás nonuyas si no eran tan sabios como su Cacique, ténían ideas bastante claras de la Encarnación de Dios, de la maternidad de María Santísima, y hasta del misterio de la Santísima Trinidad. También recuerdo que uno de ellos me dijo cómo la misma madre de Dios era asimismo madre de los güitotos; añadiendo, además, que se hizo madre no como las demás mujeres.

No hay duda, pues, que tan bonitas y consoladoras tradiciones son todavía fruto de las fatigas y sudores de los Misioneros Franciscanos, que tánto trabajaron en el Putumayo y Caquetá, en los siglos XVII y XVIII.

CAPITULO XVI

Tribu de los Mates—Anverso de la medalla.

Muy corto fue el tiempo que estuvimos con los nonuyas, porque al siguiente día emprendímos nuevamente la marcha, y fue ésta la tercera jornada en dirección al río Caquetá.

En aquel día, y á pocas horas de haber andado, mis güitotos me proporcionaron un rato de cólera y de risa al propio tiempo. Sucedió, pues, que uno de ellos enfermó de veras; y conociendo que el mal procedía, parte, de la mucha humedad de la montaña y, parte, de que aún no habían tomado alimento alguno; le hice dar un poco de panela y, para animarlo más, también, una copa de aguardiente, que para ellos es una bebida deliciosa. Pero el resultado fue que habiéndose curado el primer enfermo, en un momento, adolecieron todos del mismo mal; y me rodearon solicitando la eficaz medicina. Como ve, Padre, no era necesario en este caso ser graduado para conocer la diagnosis de aquel mal; y así unos se curaron con aguardiente, otros con sardinas, éstos con un pedazo de pan, y el que menos, con un cigarro.

Muy por la tarde de aquel mismo día y pocos minutos antes de llegar á la tribu Mate, nos sorprendió una horrible tempestad acompañada de rayos y vientos muy fuertes; y no encontrando medios de evitarla, á la fatiga del camino se agregó el quedar calados de agua. Por motivo de la misma borrasca y el espantoso ruido en la montaña, causado por los vientos, los dichos indios no se dieron cuenta de nuestra aproximación, y entrámos á su casa como por asalto. Reinó, entonces, entre ellos un profundo silencio; y á las muchas preguntas que les hicimos, obtuvimos por respuesta sólo desprecios y ceños de mal agüero.

Dijímosles quiénes éramos y á qué íbamos; pero esto sólo sirvió para aumentar el menosprecio é indiferencia hacia nosotros.

Como el cocinero se nos atrasó, resolvímos preparar la comida nosotros mismos, para lo cual pedímos á los caseros un poco de fuego, y se denegaron, á pesar de tener los fogones en actividad. No le quedó otro recurso al P. Santiago sino quitarles, contra la voluntad de ellos, unos tizones, exponiéndose á que lo trataran mal. Y apenas habíamos dispuesto el fogón cuando se acercaron y nos los volvieron

á quitar. No por eso perdimos la paciencia, y á poco rato nos sentámos á comer un sancocho como no lo he comido en mi vida, pues el mejor condimento fue el buen apetito que teníamos.

Al tiempo que disfrutábamos del frugal alimento se nos acercaron varios de los indios é indias: mas yá no con aquellos semblantes feroces, sino con algo de bondad y mansedumbre; y nosotros, al propio tiempo que les hicimos partícipes, también les advertímos lo malo que era la falta de caridad para con el prójimo.

Llegó finalmente la noche, y, la verdad sea dicha, la pasámos con muchos sobresaltos, porque relativamente eran poquísimos los que habían dejado aquella ferocidad que nos causó miedo á nuestra llegada. No obstante, gracias á Dios, amanecimos con felicidad; y quienes pagaron el pato, fuerón nuestros sombreros, pues en esa casa, quizá por ser nueva, había en abundancia una clase de bichos llamados grillos, y éstos se apoderaron de nuestras pobres prendas. Al día siguiente mi compañero iba enseñando las orejas por encima del ala, y yo las sostenía con la funda impermeable para no quedarme con la sola copa. Así continuámos hasta llegar al río Orteguaza, en donde comprámos unos *raspones* (sombreros de palma ordinarios), con los que salímos á Mocoa.

CAPITULO XVII

Sobresaltos—Desamparo en medio del monte—Llegada á Puerto Pizarro y vista del Caquetá—Triste situación de unos enfermos abandonados por sus patrones.

Inolvidables recuerdos me dejaron los Reyes Magos ese 6 de Enero. Y si no pude en aquel día ofrecer al Divino Infante los místicos dones simbolizados en el oro y en el incienso, en cambio no faltó la mirra de la tribulación y el sufrimiento, como lo veremos en el presente capítulo.

Desde la tribu Mate caminámos juntos con el P. Santiago y nuestros peones hasta las tres de la tarde, hora en que precisamente llegámos á un punto denominado *Palermo*, en donde existe una casa posada, la que no ofrece al viajero otra comodidad, sino la de poderse librar del sol y del agua. Aquí se quedó mi compañero para continuar la marcha al día siguiente; y yo, cuando trataba de proporcionarme un breve descanso, indispensable y necesario por causa á las fatigas precedentes, tuve que proseguirla el mismo día hasta las seis y cuarto de la tarde, hora materialmente imposible para caminar por aquellos bosques y por desconocidos vericuetos.

Mas la causa de este adelanto fue la fatal noticia que recibímos en *Palermo;* es á saber: que un día antes de llegar nosotros al río Caquetá se embarcaban los bogas que debían llevarnos. Créame, Padre, que esta novedad, si se quiere, fue la prueba más grande de paciencia y resignación de cuantas el cielo nos había exigido en aquel camino, porque, en verdad, sólo quien conoce lo que es el Puerto Pizarro; la gran dificultad para encontrar embarcaciones; la soledad y escasez de todo alimento, etc. etc., puede formarse una idea del sobresalto que tuvimos con la dicha novedad. Y por aquel entonces, el sólo pensar que fuera cierta la salida de los bogas, yá nos hacía creer en una cuarentena á orillas del Caquetá, ó en una desandada para el Caraparaná: lo uno y lo otro era terrible para nosotros.

Vimos, pues, que el único medio (y éste no seguro) para librarnos de las dos posibilidades, era caminar cuanto más se pudiera en aquel día, durante la noche y la mañana del siguiente día, para ver si alcanzábamos á los bogas antes que se embarcaran, para lo cual convinimos en que el P. Santiago se quedara en *Palermo,* disponiendo y arreglando la marcha para el siguiente día, y lo demás era de mi incumbencia.

Yá puede suponerse, Padre, cómo andaría yo en aquel resto de travesía. Y le aseguro que no conocí, ni cansancio, ni hambre, ni sueño. Mas como casi nunca un trabajo viene solo, también en aquella ocasión me visitaron muchos.

Para cumplir mejor mi cometido me hice acompañar de un muchacho tolimense, que por casualidad se encontraba en *Palermo;* pero cuando más hube necesidad de su apoyo, se me convirtió en embarazo, pues á las pocas horas de haber andado, le cogieron unas calenturas que le inutilizaron para servirme de guía y sostén. Recuerdo que muchísimas veces caíamos juntos en unos barrizales, y yo tenía que alargarle la mano para que pudiera levantarse; pues él, si podía guiarme, no era capaz de servirme de sostén. En estas caídas y levantadas llegó la noche, y con ella una horrible tempestad que bramaba por encima de nuestras cabezas.

Eran las seis y cuarto de la tarde, y aunque al principio formé resolución de caminar durante la noche, no pude hacerlo, porque era materialmente imposible. Mi compañero enfermo; el camino, por debajo de los árboles, era invisible; y yo no tenía conocimiento de esos lugares, sino de la parte que había andado; en fin, la soledad, las alimañas, culebras y otros más peligros que me esperaban en aquella

noche, me hicieron cambiar de intención, y resolvimos quedarnos dentro del monte.

Cargamos entonces el machete que llevaba mi compañero y me puse a cortar ramas para armar un pequeño *rancho* y pasar en él la noche; pero la oscuridad de esta, la lluvia que ya caía sobre nosotros, y la poca habilidad del arquitecto, fueron motivos para que el albergue no quedara ni medianamente regular.

Finalizada esta primera diligencia, comencé por disponer el fuego para hacer la cena, que, en verdad, había necesidad de ella; y hasta en esto estuve desafortunado, porque la leña, á causa de haber llovido, estaba muy mojada. Recuerdo que gasté casi toda la caja de fósforos y varios papeles que contenían apuntes de alguna importancia; pero ni así pude prender fuego. El solo fósforo había quedado y si este no me sacaba de apuros, necesariamente debíamos pasar la noche sin comer. Antes, pues, de aventurarlo, recé algunas oraciones á las ánimas benditas del purgatorio; y en verdad que mis ruegos no fueron desoídos, pues á pesar de mi cansancio me vino la idea de que pudiera hacer dentro de la maleta, entre algún resto de esperma. Busqué únicamente por no rechazar la feliz inspiración, y con no pequeño asombro encontré lo que tanto necesitaba. A medianoche, después de este hallazgo, casi se le veía las fechas; y ya tuve ánimo de ayudarme á preparar la cena. Esta fue muy pobre y escasa; pero, en fin, se podía comer, que hacíamos falta.

Esa noche, fuera por los sobresaltos del día, ó por lo nervioso que me encontraba, ó por falta de presencia de ánimo, lo cierto es que fue terrible y medrosa en extremo. Varias veces me acosó de convulsiones y me dispuse á morir, porque llegaba en algunos momentos á persuadirme de que [illegible] en los árboles y se acercaban á [illegible] á rodear de mi cama.

[illegible] como anhelaba [illegible] á Dios, nos encontrábamos [illegible] á continuar el viacrucis.

[illegible] camine como un [illegible] en que llegámos [illegible] cuando [illegible]

[illegible] me pasaba de un modo [illegible] que me pasaba. Como [illegible] realidad.

[illegible] dos ranchos. ¿Habrá gen-

te allí? me preguntaba: ¿estarán aún los bogas? Angustiado y casi trémulo me acerqué á uno de ellos. ¡Qué sobresaltos! ¡qué dudas! ¡qué temores! Reinaba el más profundo silencio. Mas luégo oigo el ladrido de un perro; salen unas buenas gentes: ¿Cómo está, Padre? me dijeron. ¿Son ustedes los bogas? les contesté. Nó, Padre; pero están en el otro rancho; no han podido irse porque dos de ellos están enfermos.

¡Sólo Dios es testigo, Padre, del gozo que tuve en esos momentos! Y el encuentro de los bogas ahogó y me hizo olvidar los sufrimientos pasados.

El mismo día, muy por la tarde, llegó el P. Santiago con todo lo que formaba nuestro equipaje.

Pocas horas de descanso tomámos en este lugar, y pronto nos dispusimos para una navegación de casi cuarenta días. Pero antes de embarcarnos quiero dejar constancia de una desgarradora escena que presenciámos en uno de los referidos *ranchos*.

Estaban allí tres hombres que habían bajado desde el Orteguaza, sirviendo de bogas á unos comerciantes. Estos, cuando los vieron enfermos é incapacitados para prestarles servicio alguno, cometieron el imperdonable delito de abandonarlos en las soledades de Puerto Pizarro. Aquí sólo tenían, los pobres, por compañía, las fieras del bosque y la plaga de mosquitos, los que, por las muchas picaduras yá les habían causado horribles llagas. Carecían asimismo de medicamentos, y sólo tenían un poco de maíz y un pedazode carne podrida. Como pudimos los favorecimos en lo material, y luégo les facilitámos los auxilios de la Religión; quedando con esto conformes y dispuestos á morir como buenos cristianos. A uno de ellos, cuya enfermedad no era tan mortal, pues que sólo tenía una llaga podrida en la pierna derecha, lo sacámos en nuestra canoa; pero á los diez días de navegación se nos murió; y la misma suerte, sin duda, corrieron los dos que quedaron en Puerto Pizarro.

CAPITULO XVIII

Veintidós días de navegación desde Puerto Pizarro hasta el río Orteguaza. Calor sofocante y horas interminables—Falta de víveres—Enfermedad de los bogas.

Nuestra caravana se componía de dos pequeñas canoas con trece personas, inclusos los bogas. Quedámos, como es de suponer, sumamente incómodos y con peligro de que se

nos voltearan las embarcaciones, por estar muy recargadas. Con todo, pero habiéndonos puesto antes bajo la protección del Señor, quien tiene poder sobre el mar y los vientos, salímos de Puerto Pizarro el día 9 de Enero de 1906.

Veintidós días no interrumpidos fueron los que gastámos para poder llegar á *Tresesquinas*, ó sea á la confluencia del río Orteguaza con el Caquetá. Tuvimos, como saben los conocedores de estas tierras, el más riguroso verano; y en los dichos veintidós días sólo nos refrescó el cielo, con sus lluvias, una vez.

El calor que soportábamos era para acobardar á los más resignados. Y yo, de mi parte, confieso que no una, sino varias veces lancé ¡ayes! de desesperación. El P. Santiago para proporcionarse algún alivio pasajero, metía una sábana dentro del agua caliente y sucia del río, y luégo se cubría la cara y la cabeza, repitiendo esa operación muchas veces.

Respecto á lo que voy diciendo debo advertir que hay grandísima diferencia entre el bajar y subir por estos ríos, en el mismo tiempo de verano. En el primer caso se evita la proximidad de los inmensos arenales que se forman por la disminución de las aguas, puesto que se hace la navegación por medio del río; y á esto se añade que bajando la canoa con bastante velocidad, refrescan al viajero las corrientes de aire. No pasa así en el caso contrario: pues es indispensable llevar la canoa junto á las playas, y éstas de tal manera se llegan á caldear, que parece arrojan fuego de sus entrañas.

Con el suceso siguiente comprenderá mejor V. R. lo insoportable que se ponen en verano los arenales, y lo mucho que hacen sufrir al viajero.

Un día aflictivo, como pocos, á causa de la escasez de alimentos, resolvimos suspender la marcha, por ahí á las dos de la tarde, y mandámos á nuestro muchacho y á dos de los bogas que fueran al monte en busca de cacería. Pronto el Señor les deparó un bonito venado; lo mataron, y atravesando un palo por en medio de las manos y patas, que las habían atado con unos bejucos, se lo echaron á cuestas y se dirigieron al punto de cita. Nosotros, que estábamos deseosos de saber el resultado, observámos desde larga distancia que andaban un poco, y luégo quedaban inmóviles como estatuas, repetían segunda carrera y volvían á pararse. Era para nosotros, que aún no caíamos en la cuenta, una cosa inexplicable; tanto más cuanto que yá distinguíamos un objeto que se columpiaba en medio de ellos, y lo perdíamos de vista siempre que se paraban. Por fin llegaron los mu-

achos á donde estábamos; botaron al suelo el venado, y os aseguraron que á no haber sido por él, hubieran quizá uerto abrasados por el calor de la arena. Y la manera como libraron, por lo menos de una desgracia, yá puede comprenderse. Era la cosa, que cuando yá no resistían el fuego, ejaban caer el venado en el suelo y se paraban encima; reosaban un tanto, corrían luégo con la presa hasta donde más podían, y otra vez la hacían servir de pedestal. Sigamos.

Yá dije que en nuestra canoa iba un pobre enfermo con una llaga podrida. Esta, á causa de las repetidas insolaciones y del mortificante vaivén de la embarcación, se llegó á descomponer de tal suerte, que á no ser por la caridad cristiana que manda y exige sacrificios en circunstancias como la nuéstra, no sé qué hubiéramos hecho del infeliz. A lo dicho se agrega también el tiempo que debía durar nuestra navegación, pues no era por diez, quince ni veinte días, sino por cuarenta, que eran los que calculaban los bogas que debíamos gastar desde Puerto Pizarro hasta Mocoa.

Después de esto: ¿cómo no decir que eran interminables nuestras horas en el Caquetá? ¿Cuántas veces nuestros compañeros en llegando la tarde y al tiempo de hacer la *pascana*, nos sorprendían mostrándonos el *rancho* que habíamos dejado por la mañana, siendo así que á nosotros nos parecía haber caminado diez ó doce leguas? Pero, en fin, cuando ocurrían estos casos aún teníamos qué comer; los peones se hallaban con fuerzas para el difícil manejo del canalete y la palanca, y sobre todo gozaban de salud, que era lo principal. Pero ¡bendito sea Dios! á los catorce ó dieciséis días se acabaron los víveres, pues nuestros compañeros no habían hecho provisiones y tuvimos que darles de lo nuéstro; y como en esos desiertos no hay qué comprar, caminamos varios días comiendo un poco de maíz pilado, al que se añadía un pedazo de carne de mono, cuando la suerte nos favorecía. Era, pues, lógico que llevando esta vida, pronto siguieran las consecuencias, y una de ellas fue que enfermaron los bogas; y entonces el manejo de la canoa recayó sobre el P. Santiago, sobre mí y sobre nuestro muchacho, que, por una especial providencia de Dios, estábamos en mejores condiciones. Por fortuna las enfermedades no duraron mucho tiempo, que Dios fue servido de volverles la salud, y pudimos llegar, después de veintitrés días de navegación, nada envidiables, á San Francisco Solano, distante del Orteguaza un cuarto de hora.

CAPITULO XIX

Sube el P. Santiago por el río Orteguaza y visita los caseríos de *Canelos Bodoquero, Marsella* y *Florencia*—Otro tanto hago yo en el Caquetá con los indios Coreguajes y Macaguajes—Cambio consolador en las familias blancas existentes en el Orteguaza y en esta parte del Caquetá—Regreso del P. Santiago—Nueva navegación por el Caquetá, hasta Puerto Limón—Gozo inexplicable—Llegada á Mocoa.

En llegando á esta parte del Caquetá cambió casi por completo nuestra situación. Y aunque era verdad que nos restaba todavía lo más peligroso del río; empero, el sólo pensar que estaba poblado de gente blanca nos alegraba como no puede suponerse.

Yo llegué á San Francisco Solano imposibilitado para continuar la marcha: fue, pues, mi primera determinación tomar unos días de descanso, en la casa de los buenos esposos Benjamín Plaza y Anastasia Reina. Y como el P. Santiago se hallaba con más salud y celo de las almas, me pidió permiso para irse por el Orteguaza á visitar á las gentes que viven á orillas de dicho río. Accedí á tan buenos deseos, y se fue con los mismos bogas que nos habían sacado de Puerto Pizarro.

Esta separación duró un mes; en cuyo tiempo logró hacer bienes inmensos á los habitantes de *Bodoquero, Canelos, Marsella, Florencia,* etc. Tuve asimismo noticia de cómo dichos blancos recibieron al Padre con grandes demostraciones de amor y cariño, y le facilitaron todos los medios necesarios para trasladarse de una parte á otra.

Mientras que mi compañero andaba haciendo bienes por allá, yo, un tanto restablecido, comencé mi ministerio apostólico con los indios Coreguajes y Macaguajes, existentes en San Francisco Solano, en *La Laguna* y en *Niñeras.*

Ratos placenteros me proporcionaron estos indios; y gozaba, sobre todo, cuando á la luz de la luna y á orillas del río los tenía congregados, y allí, unas veces, me entretenía con los grandes, enseñándoles á conocer á Dios y á la Santísima Virgen, otras veces me ponía también á jugar con los niños, que para eso se prestan las noches de verano en tan poéticas playas. Y como ellos no tienen capilla ni cosa semejante, también en la misma playa y á la luz del astro nocturno administraba el santo Bautismo y unía en matrimonio á los que lo habían menester.

El convenio con el P. Santiago era que yo debía esperarlo en *Tresesquinas,* para de allí seguir juntos por el Caquetá. Pero viendo que los trabajos evangélicos nos hacían de-

morar más de lo que deseáramos; determiné visitar todas las familias que se encuentran hasta *La Reforma*, distante del Orteguaza cuatro días, aguas arriba.

Todo ese trayecto está poblado de casas á un lado y otro del río. Sus habitadores tienen, ahora, hambre y sed de justicia. Cuando llega el sacerdote, lo primero que hacen es disponerse para la confesión y comunión. En una palabra, salvo raras excepciones, todos son buenos cristianos.

Para consuelo de V. R. y de los demás Misioneros que no conocen estos lugares, diré: que el Misionero lejos de sufrir en esta parte del Caquetá y en el Orteguaza, goza, porque yá no se ven los escándalos, asesinatos y crímenes de antaño. Y todo es debido, por más que no lo crean los enemigos de nuestra Misión, al celo y frecuentes viajes de nuestros operarios evangélicos.

No una, sino muchas veces y en distintos lugares me decían: "Padre; nosotros unos cinco ó seis años atrás, cuando sabíamos que bajaba el Misionero, lo primero que hacíamos era, si no huírnos al monte, á lo menos, escondernos; porque casi ninguno era casado; pero también á ninguno, casi, le faltaba su mala compañera." De tal suerte, pues, que el Padre llegaba á una casa y lo ordinario era encontrarse con las puertas cerradas. Todo lo contrario se ve ahora: pues en teniendo noticia que va el Misionero, se llenan de placer; suspenden los viajes y se disponen para hacerle un buen recibimiento. Es que en la actualidad no hay por qué temer: casi todos están casados y viven contentos con sus mujeres.

Todo esto era para nosotros motivo de gozo y premio de los sufrimientos pasados.

Al cabo de un mes tuve el consuelo de volverme á reunir con mi querido P. Santiago, en *La Reforma*, vivienda del Sr. Manuel Morales. Si mal no recuerdo, seis ó siete canoas atestadas de gente acompañaban la del Padre el día que llegó; y en el semblante de todos se conocía, primero, el testimonio de la buena conciencia, y segundo, la alegría que tenían conduciendo al Ministro del Señor. Dos días estuvieron con nosotros y regresaron á sus casas llevando en su pecho el dolor que causa la separación de un sér querido.

Nosotros también con el deseo loco que teníamos de llegar pronto á Mocoa y reunirnos con nuestros hermanos, dispusimos el viaje para el 6 de Marzo. Y después de siete días de navegación por lo más correntoso del Caquetá, como son estas últimas jornadas, desembarcámos en el puerto de Limón. Aquí, que es el lugar donde se dejan las canoas y se

toma el camino por tierra, no puedo, Padre mío, explicar lo que por entonces pasó en mi alma y en la de mi compañero. Cuando pusimos el pie en el suelo, nuestra mente recorrió en un instante todos los lugares que habíamos andado: vio los peligros, desprecios, lágrimas y sudores que habíamos tenido en siete meses y medio; y al encontrarnos salvos y libres de todo eso, ¿cómo no alegrarnos? ¿cómo no debía saltar de júbilo en el pecho nuestro corazón? ¡Oh qué gozo no deberá ser para un Misionero cuando llegue al puerto de la Gloria!

En el pueblito de Limón parámos dos días y medio, disfrutando de la alegría que aún no se nos acababa; y fuimos luégo á continuarla en Mocoa, en compañía de nuestros caros hermanos P. Hermenegildo, Lucas, Baltasar y Hermano Ildefonso, quienes nos recibieron con los brazos abiertos el día 16 de Marzo de 1906.

Su afectísimo en J. C.,

Fr. Jacinto María de Quito, M. C.

Mocoa, 5 de Agosto de 1907.

APENDICE

Quince expediciones análogas á la referida en este libro han verificado los Misioneros Capuchinos por los ríos y á través de las selvas vírgenes del Caquetá, en los pocos años que llevan de permanencia en este Territorio. Hé aquí las principales:

EXPEDICIÓN DEL AÑO DE 1898

En este año el R. P. Antonio de Calamocha recorrió el Aguarico, el Napo, salió á Iquitos y regresó por el Putumayo, visitando las siguientes tribus de indios: *Macaguajes, Orejones, Pacuyas del Lagarto, Pacuyas del Aguarico, Cocayas, Pacayacos, Záparos* y *Piojes*. En esta correría empleó cinco meses.

EXPEDICIÓN DEL AÑO DE 1900

En este año el R. P. Basilio de Pupiales con el Hermano Lego Fray Conrado de Solsona, bajaron por el Putumayo, penetraron en las tribus Güitotas, surcaron el Caraparaná y el Compuya y visitaron veinte tribus de indios, que se denominan así: *Venenos, Nonulas, Jabuyanos, Mates, Achotes, Sebúas, Nuisayes, Neguas, Cazabes, Abejas, Piedras, Cuyotes, Erayes, Cabuyanos, Naicacnes, Ayofos, Sebúas* segundos, *Sebúas* terceros, *Noyenes* é *Ituraes*. Nueve meses emplearon los Misioneros en este viaje, sufriendo lo indecible.

EXPEDICIÓN DEL AÑO DE 1903

En este año el R. P. Segismundo de Tulcán, con el Hermano Fray Fructuoso de Tulcán, visitaron las fronteras del Ecuador, Perú y Brasil. Bajaron por el Putumayo, penetraron por el Guamués, San Miguel, Bermeja, Aguarico, Napo, y salieron al Amazonas. Surcaron este río hasta encontrar la desembocadura del Putumayo, y subiendo por él visitaron las tribus del Ingaraparaná. Siete meses duró esta correría apostólica.

EXPEDICIÓN DEL AÑO DE 1906

Esta duró cuatro meses, y el R. P. Lucas de Ibarra recorrió los lugares siguientes: *Limón, Cananguchal, Guinozo; Tresesquinas, El Pescado, Los Canelos* y *Florencia.* En la misma correría visitó la tribu de *Coreguajes,* que viven en *Niñeras, Solano* y *La Laguna;* y la tribu de los *Tamas,* que vivían en *Sombrederos* y *Jerumán.*

Las otras once expediciones, aun cuando fueron arriesgadas y de mucho provecho espiritual para los lugares visitados, no las anoto aquí porque fueron de menos duración y por creer, además, que basta lo dicho para dar una idea de lo que han trabajado los Capuchinos en el Territorio del Caquetá.

Mocoa, Noviembre de 1907.

Fray FIDEL DE MONTCLAR
Prefecto Apostólico.

INDICE

Págs.

PRÓLOGO..... 3

PARTE PRIMERA

CAPITULO I. Salida de Mocoa y furiosa tempestad en el pueblo de Guineo..... 5
— II. San Vicente—Memorable suceso de unos dos matusalenes..... 7
— III. Pueblo de San Diego—Honradez de estos indios—Crueldad con las mujeres enfermas—Lugar de cita—Llegada del General Monroy, del señor Intendente y demás expedicionarios. Preparativos para una larga navegación..... 10
— IV. Indios de San José—*La Sofía*..... 14
— V. Noches en las playas—Peligros..... 16
— VI. Yasotoaró—Un matrimonio solemne—Apreciables prendas del General Monroy..... 18
— VII. Montepa—Huída de los indios á nuestra llegada—Modo como se logró su vuelta—Influencia del Misionero—Equipo de las nuevas canoas..... 21
— VIII. La Concepción—Recuerdos del R. P. José Laínez—Güepí—Micuntí (antiguo pueblo de negros brasileños)—Buenos Aires—Casual encuentro de una tribu de indios güitotos, denominados los *Caimitos*..... 24
— IX. Loma denominada *Cimacunti*, célebre por el bejuco curare—Trocha entre el Putumayo y Caraparaná—Campuya y Caraparaná, afluentes del Putumayo..... 27
— X. Expedición colombiana practicada por el Putumayo, á mando del señor Intendente, Rogerio María Becerra, y General Pablo J. Monroy. (Año de 1905)..... 30

PARTE SEGUNDA

Págs.

CAPITULO I. Realización de nuestras aspiraciones—Entre los Güitotos—Sus casas—Población actual—Causas de su disminución—Conocimiento confuso del verdadero Dios..... 33

— II. Fiesta de N. P. San Francisco—Salida de *Nueva Granada* con dirección á *El Encanto.* Penalidades en la navegación—*El Lago,* vivienda del joven Rubén Gasca—Casual encuentro con el Cacique de una tribu de indios güitotos llamados Fayajenes—Conversión del Cacique—Llegada á *El Encanto,* y preparativos para introducirnos á las tribus antropófagas existentes entre el río Caraparaná é Ingaraparaná 37

— III. Tribu de los Erayes—Peste que los diezmaba á nuestra llegada—Modo de medicinarse—Facilidad de convertirse á nuestra Religión.... 43

— IV. Tribu Fayajena—Alarmante curiosidad de la Cacica y crueldad del Cacique—Horas de terrible angustia y sobresalto—Carta geográfica de los indios pintada en un cuero de danta.. 47

— V. Tribu de los Mereciones—Uso del tabaco..... 52

— VI. Tribu de los Fayajenes (segundos)—Juego de la pelota y veneración que le profesan..... 54

— VII. Tribu de los Merecienes (segundos)—El famoso tambor *maguaré*—Baile de los Güitotos. Sus cantos..... 57

— VIII. Tribu de los Jidúas—Agradecimiento y respeto que estos indios manifiestan al Misionero—Increíbles costumbres que suelen practicar en los nacimientos de sus hijos—Infeliz suerte de los huérfanos..... 61

— IX. Manera como se casan los Güitotos—Miedo que les causan los *brujos* y modo de sepultarlos. 64

— X. Regreso hacia *El Encanto*—Un peligroso contratiempo en el río Caraparaná—Fiesta de la Inmaculada Concepción..... 66

— XI. Combate naval—Nochebuena en *La Reserva.* La mejor ofrenda que se hizo al Divino Infante..... 68

— XII. Unos días en *Puerto Colombia*—Servicio de vapores entre el Caraparaná é Iquitos—Entrevista de los Generales Monroy y Velasco..... 70

— XIII. Cinco días de travesía del Caraparaná al Caquetá—Dificultades y peligros..... 73

— XIV. Llegada á la tribu de los Yauyanes—Cacique Ifá—Una historia muy curiosa sobre los *brujos*—Su oposición á que bautizáramos á los indios..... 75

Págs.

CAPITULO XV. Tribu de Nonuyas—Su generosidad—El Cacique Jusicaina—Manera de indicarnos que era cristiano—Algunas nociones que encontrámos entre estos indios de nuestra santa Religión..... 78

— XVI. Tribu de los Mates—Anverso de la medalla... 79

— XVII. Sobresaltos—Desamparo en medio del monte. Llegada á Puerto Pizarro y vista del Caquetá. Triste situación de unos enfermos abandonados por sus patrones..... 80

— XVIII. Veintidós días de navegación desde Puerto Pizarro hasta el río Orteguaza—Calor sofocante y horas interminables—Falta de víveres—Enfermedad de los bogas..... 83

— XIX. Sube el P. Santiago por el río Orteguaza y visita los caseríos de *Canelos, Bodoquero, Marsella* y *Florencia*—Otro tanto hago yo en el Caquetá con los indios Coreguajes y Macaguajes—Cambio consolador en las familias blancas existentes en el Orteguaza y en esta parte del Caquetá—Regreso del P. Santiago. Nueva navegación por el Caquetá, hasta Puerto Limón—Gozo inexplicable—Llegada á Mocoa..... 86

APÉNDICE..... 89